INDEXED

El Correo

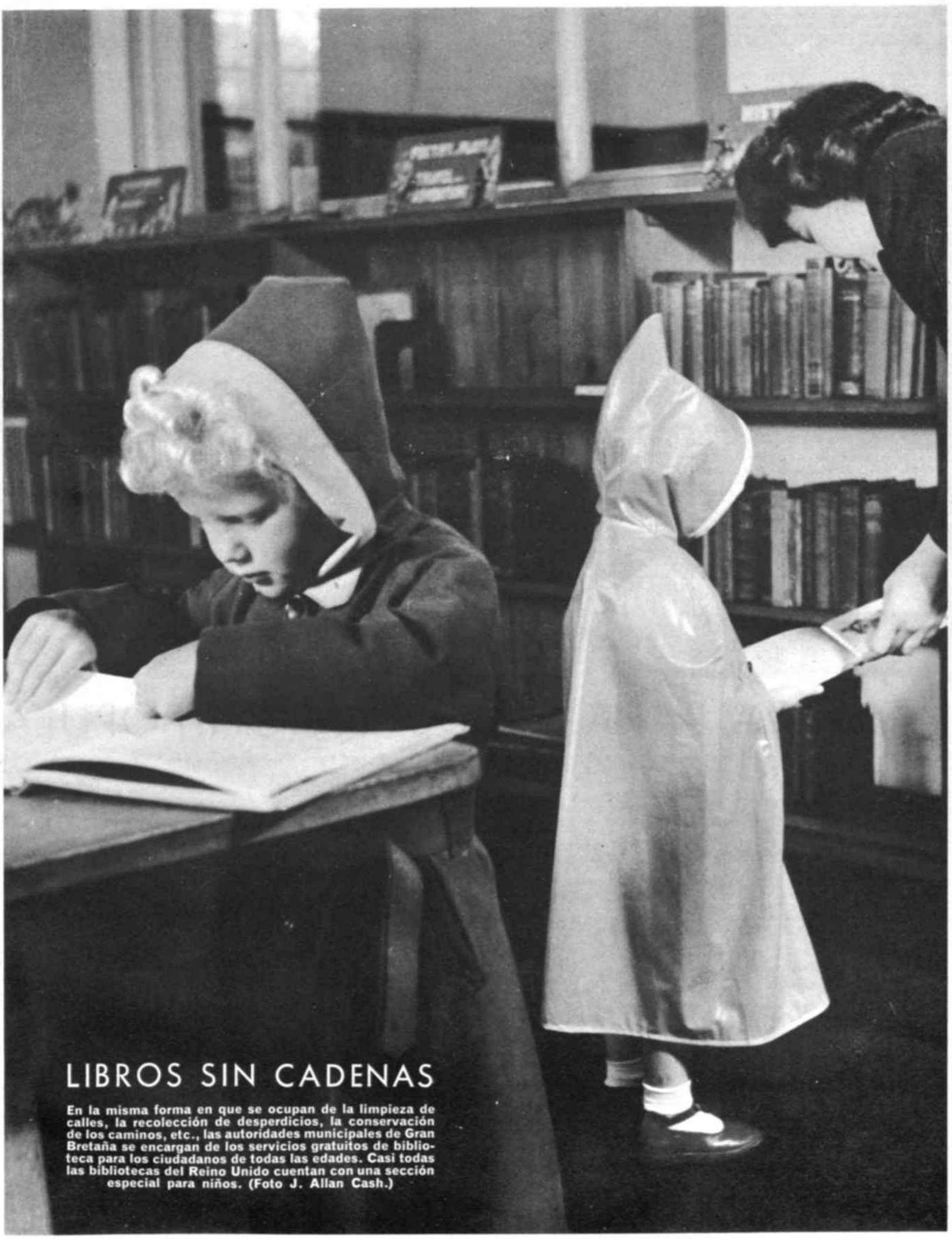
PUBLICACION DE LA ORGANIZACION DE LAS NACIONES UNIDAS

UNESCO

PARA LA EDUCACION, LA CIENCIA Y LA CULTURA

Precio : 50 francos — 0,20 de dólar — 1 chelin (G.-B.)

VOLUMEN VI — No 6. — JUNIO DE 1953



LIBROS SIN CADENAS

En la misma forma en que se ocupan de la limpieza de calles, la recolección de desperdicios, la conservación de los caminos, etc., las autoridades municipales de Gran Bretaña se encargan de los servicios gratuitos de biblioteca para los ciudadanos de todas las edades. Casi todas las bibliotecas del Reino Unido cuentan con una sección especial para niños. (Foto J. Allan Cash.)

El Correo

REDACCION Y ADMINISTRACION :
CASA DE LA UNESCO
19, Av. Kléber, Paris-16e

Jefe de Redacción : S. M. Koffler
Editor Español : Dr J. de Benito
Editor Francés : Alexandre Leventis
Editor Inglés : R. Fenton

★

Los artículos firmados expresan la opinión de sus autores y no forzosamente la de la Unesco o los redactores de « El Correo ».

★

Imp. GEORGES LANG, 11, rue Curial, Paris

—

MC. 53. I. 71 S.
SUSCRIBASE AL CORREO DE LA UNESCO. Un año : 500 frs., 2 dólares, 10 chelines 6 peniques o su equivalente dirigiéndose a la Organización o a los siguientes agentes de venta :

Argentina : Editorial Sudamericana, S.A., Alsina 500, Buenos Aires.
Bolivia : Librería Selecciones, Av. 16 de Julio 216, Casilla 972, La Paz.
Brasil : Livraria Agir Editora, Rua México 98-B, Caixa postal 3291, Rio de Janeiro.
Chile : Librería Lope de Vega, Moneda 924, Santiago de Chile.
Colombia : Emilio Royo Martín, Carrera 9a. 1791, Bogotá.
Costa Rica : Trejos Hermanos, Apartado 1313, San José.
Cuba : Centro Regional de la Unesco para el Hemisferio Occidental, Calle 5, No. 306, Vedado, La Habana.
Ecuador : Casa de la Cultura Ecuatoriana, 6 de Diciembre 332, Casilla 67, Quito.
España : Aguilar, S.A. de Ediciones, Juan Bravo 38, Madrid.
Estados Unidos : Columbia University Press, 2960 Broadway, Nueva York 27, N.Y.
Filipinas : Philippine Education Co. Inc., 1104 Castillejos, Quiapo, Manila.
Francia : Servicio de Publicaciones de la Unesco, 19, avenue Kléber, Paris 16e.
Gran Bretaña : H. M. Stationery Office, P.O. Box 569, Londres, S.E.I.
Italia : G.C. Sansoni, via Gino Capponi 26, Casella Postale 552, Firenze.
México : Difusora de las publicaciones de la Unesco 127, avenida Egido, Ex. 402, México D.F.
Panamá : Agencia Internacional de Publicaciones, Apartado 2052.
Perú : Librería Internacional del Perú, S.A., Girón de la Unión, Lima.
Portugal : Publicaçoes Europa-America, Ltda., 4 Rua da Barroca, Lisboa.
Puerto Rico : Panamerican Books Co., San Juan 12.
Suiza : Europa Verlag, 5 Rämistrasse, Zurich (cantones de lengua alemana). **Librairie de l'Université, rue de Romont 22-24, Friburgo** (cantones de lengua francesa).
Surinàm : Radhakishun & Co. Ltd, Book Dept., Watermolenstraat 36, Paramaribo.
Tánger : Centre International, 54, rue du Statut.
Uruguay : Centro de Cooperación Científica para la América Latina, Unesco, Bulevar Artigas 1320, Montevideo.

Salvo mención especial, los artículos publicados en este número pueden ser reproducidos sin autorización, siempre y cuando se mencione su origen : " El Correo de la Unesco"

LA BIBLIOTECA PUBLICA...

PARA la mayor parte de nosotros, los libros y las revistas constituyen una parte tan común de nuestras vidas que hemos perdido toda capacidad de asombro ante la maravilla de tener diariamente en nuestras manos uno de los instrumentos más extraordinarios inventados por el hombre para su propio servicio. Nos es difícil mirar hacia atrás y ver en perspectiva las mil y una contribuciones que los libros aportan a nuestro goce, a nuestras ocupaciones cotidianas, a nuestro adelanto cultural y científico y a nuestra educación; ni tampoco es fácil, aún para la Unesco—que tiene el deber de hacerlo—comprender todos los problemas que la impresión, encuadernación y distribución de los libros plantean al mundo moderno. Si tenemos la suerte de vivir en un país en donde el libro abunde, nos será difícil darnos cuenta de que en la mayoría de los demás hay aún una terrible escasez y una verdadera hambre de lectura, particularmente en los dos extremos de la escala: el del uso de los libros por los escolares y el de la consulta y estudio por los científicos en sus centros de investigación y laboratorios.

Para resolver los dos problemas — el de la escasez y el de la abundancia — se ha inventado una de las instituciones sociales más sencillas, más ingeniosas y de mayor utilidad universal: la biblioteca. Hace muchos miles de años, cuando los hombres aprendieron a registrar sus ideas y sus experiencias, se crearon las bibliotecas, como es natural, para resolver un problema de escasez. Esas bibliotecas fueron las fortalezas, firmemente defendidas, en que se atrincheró la constancia escrita del conocimiento, y esta característica de una gran biblioteca histórica subsiste hasta el día de hoy. Pero desde la época del Renacimiento — siglos XIV y XV — y especialmente en el curso del siglo que corre, las bibliotecas y los que se servían de ellas han empezado a abrir puertas y ventanas, a dejar entrar la luz en los oscuros depósitos de libros y a crear técnicas nuevas, no sólo para conservar sino también para difundir el conocimiento escondido en las páginas de sus millones de libros y periódicos. Se han creado nuevos tipos de biblioteca; las de carácter popular para hombres, mujeres y niños que no tengan interés especial por alguna materia determinada y a quienes se da acceso a toda clase de lecturas de información, de recreo y estudio; y bibliotecas científicas con complejos servicios de documentación, para que todo lo que un investigador necesita consultar pueda serle proporcionado instantáneamente, por nuevo o por viejo que sea. Los libros y manuscritos más preciosos no están ya celosamente guardados — ocultos, como estuvieron antes la mayor parte de las veces — sino que todo el mundo puede verlos y estudiarlos en copias fotográficas, y los libros más baratos y más sencillos se conservan por el valor social e histórico que puedan tener en el futuro.

Pero a pesar de la amplia aceptación que en teoría se da a la biblioteca pública como centro importante de educación y recreo, el hecho es que en casi ninguna parte del mundo se ofrece gratis a todo el mundo un servicio de biblioteca adecuado. En Estados Unidos, por ejemplo, un estudio muy completo sobre las bibliotecas públicas, realizado en 1950, demostró que aunque había veinte millones de personas que poseían tarjetas que les daban acceso a los libros de una biblioteca, había, por otra parte, treinta y cinco millones (aproximadamente la cuarta parte de la población del país) que no disfrutaban de servicios de biblioteca de ninguna especie. Aún así, los Estados Unidos se hallan en excelente situación en este sentido con respecto a la mayor parte de los demás países, salvo casos excepcionales como los de Gran Bretaña y Dinamarca.

Si las bibliotecas públicas son esenciales en países técnicamente muy avanzados, parece que debieran ser cien veces más necesarias en las regiones poco desarrolladas, donde escasean tanto los libros como el dinero necesario para comprarlos. En esas regiones aprende a leer y escribir mucha gente gracias a varios vastos programas de educación fundamental. Pero ¿de qué sirve enseñar a la gente a leer si, una vez que sabe, no tiene ningún libro a mano, sino revistuchas o historietas de dibujos cómicos, que siempre se pueden encontrar aún en los sitios donde no hay un solo libro bueno? Sin bibliotecas, es de temerse que buena parte del efecto de los programas de educación de masas sea de efímera duración.

¿Por qué hay tantos rincones del mundo sin bibliotecas y por qué son tan pobres muchas de las que existen? Los elementos del problema no son difíciles de identificar y resultan casi universalmente constantes. En primer lugar, está la apatía del público : la mayor parte de las gentes no han pisado nunca una biblioteca, y en consecuencia no saben lo que se pierden; en segundo, el apoyo económico insuficiente que reciben las bibliotecas, ya que hay muchos países en los que éstas no han encontrado aún un sitio en el presupuesto nacional; en tercer término, la falta de bibliotecarios preparados y de una asociación de ellos que fomente el desarrollo de las bibliotecas. Por último, hay en ciertos casos escasez de publicaciones en el idioma del país, y por ello el lector medio, que no lee otros idiomas, no cuenta con el suficiente material de lectura.

La solución de estos problemas no es rápida ni fácil. Sin embargo, hay pruebas de que los gobiernos se van dando cada vez más cuenta de la necesidad de que las bibliotecas públicas entren en los planes de expansión de la enseñanza. La entusiasta respuesta del público a los proyectos llevados a cabo, a título de demostración, en varios sitios, revela que hay una demanda latente de libros tan grande como inesperada, y que sólo hace falta atenderla debidamente. En países que no tienen establecimientos especiales para preparar bibliotecarios se da, de todos modos, instrucción a algunos de éstos, que a su vez prepararán a otros más. A algunos se las han dado becas para que estudien en el exterior el manejo de las bibliotecas extranjeras; otros reciben instrucción práctica en clases de demostración, y un número regular de ellos ha tomado parte en seminarios y conferencias especialmente realizados al efecto. Finalmente, en varias partes del mundo se realizan esfuerzos de vastas proporciones para enseñar a las gentes a leer, y para producir publicaciones que puedan leer una vez que dejen de ser analfabetos. Todo ésto, en conjunto, representa algo más que la proverbial gota de agua que cae en un balde, pero el balde está lejos de verse lleno.

Cualquier gobierno que proyecte crear servicios públicos de biblioteca tiene, afortunadamente, un siglo de experiencia a su disposición. Hay una vasta literatura sobre el tema, y muchos especialistas deseosos de prestar consejo. Por consiguiente, es p o s i b l e evitar errores de primera magnitud. Por lo pronto, tiene que saltar a la vista de cualquiera que la creación de bibliotecas públicas no puede quedar librada enteramente a la iniciativa local. Se necesita un plan nacional o regional, legislación nacional y del estado, o provincial y municipal, y un sistema de contribución de las instituciones locales, todo lo cual requiere una suma bastante considerable de dinero. Es muy difícil que se construyan de un golpe bibliotecas para todo un país. Pero una vez que se haya trazado y aprobado un plan nacional en ese sentido, puede empezarse con una, cuyos servicios se vayan extendiendo gradualmente en el futuro y que llegue a ser la base y como la madre de todas las demás.

... FUERZA PARA LA EDUCACION POPULAR

LA Unesco (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura), ha sido creada por la voluntad de cuarenta y seis países. Su finalidad es fomentar la paz y la prosperidad social y espiritual ejerciendo una influencia directa sobre la mentalidad de los hombres. El poder creador de la Unesco reside en la fuerza del conocimiento y la comprensión internacional.

Este manifiesto, al describir las posibilidades que ofrecen las bibliotecas públicas, proclama la fe de la Unesco en éstas como fuerzas vivas para la educación popular, para el desarrollo de la comprensión internacional, y por ende para el fomento de la paz.

Una institución democrática para la educación

La biblioteca pública es producto de la democracia moderna, y constituye una demostración práctica de la fe que los demócratas tienen en la educación universal como proceso que se desarrolla, de una manera permanente, durante toda la existencia del hombre.

Aunque destinada primordialmente a satisfacer las necesidades de los adultos en el orden de la educación, la biblioteca pública debe completar también la obra de las escuelas en el sentido de desarrollar en los niños y en los jóvenes el gusto por la lectura, ayudándoles a convertirse en adultos que puedan servirse de los libros con discernimiento y provecho.

Como institución democrática, manejada por el pueblo para el pueblo, la biblioteca pública debe estar:

Establecida y sostenida de una manera clara y categórica bajo la autoridad de la ley;

Sostenida total o principalmente con fondos públicos;

Abierta gratuitamente y en igualdad de condiciones a todos los miembros de la colectividad, sin reparar en profesión, creencia, clase o raza.

Lo que debe ofrecer la biblioteca pública

Una biblioteca pública completa debe poner a la disposición de los que acuden a ella libros, folletos, revistas, diarios, mapas, cuadros, películas, partituras musicales y discos gramofónicos, y dar instrucciones para el uso de los mismos.

La biblioteca pública debe ofrecer a niños, jóvenes, hombres y mujeres, ocasión y estímulo para :

Educarse continuamente:

Mantenerse al corriente de los adelantos en todos los órdenes del saber:

Conservar la libertad de expresión y una actitud constructivamente crítica en relación con todas las cuestiones públicas;

Ser mejores ciudadanos, social y políticamente, de su país y del mundo:

Ser más eficaces en sus actividades cotidianas;

Desarrollar su capacidad creadora y sus facultades de apreciación en las artes y las letras;

Ayudar, en general, al progreso del saber;

Emplear sus ratos de ocio en fomentar la felicidad propia y el bienestar social.

La biblioteca pública debe ser activa y positiva en las normas que la rijan, y constituir una parte dinámica en la vida de la colectividad.

No debe dictar idea alguna a las gentes, sino ayudarles a decidir en qué cosas han de pensar. La biblioteca tendrá que destacar especialmente los problemas importantes por medio de exposiciones, listas de libros, debates, conferencias, cursos y películas, así como orientando las lecturas individuales.

Una biblioteca debe estimular el interés por la lectura y dar publicidad a sus servicios por medio de un programa de contacto con las gentes, no sólo bien planeado sino también ininterrumpido. La biblioteca pública debe ligar sus actividades al trabajo de otros organismos educativos, culturales y sociales: escuelas, universidades, museos, sindicatos, círculos de estudio, grupos de educación de adultos, etc. Asimismo debe cooperar con otras bibliotecas en el préstamo de publicaciones, y con las asociaciones de aquéllas para el mejoramiento continuo de sus servicios. Deben hacerse accesibles los libros teniéndolos en estantes abiertos y utilizando procedimientos técnicos eficaces, y llevar los servicios bibliotecarios cerca de los hogares y de los lugares de trabajo del pueblo, por medio de sucursales, quioscos y unidades móviles instaladas en camiones.

Con un personal debidamente preparado, fecundo en recursos y dotado de imaginación, un presupuesto adecuado y el apoyo del público, las bibliotecas pueden convertirse en lo que deben ser : universidades del pueblo que ofrezcan una educación liberal a cuantos acudan a ellas.

Los ciudadanos de una democracia tienen necesidad de instituciones de este género, que les ofrezcan oportunidad de autoeducarse a cualquier edad. La complejidad e inestabilidad de la vida actual dan a esa necesidad un carácter apremiante.

Lo que usted puede hacer

En este manifiesto se han descrito las posibilidades de la biblioteca pública como organismo de educación popular. Evidentemente, el que esas posibilidades lleguen a ser una realidad concreta en la colectividad en que usted vive redundará en beneficio suyo. ¿Qué puede hacer usted para contribuir a ello? Se lo diremos en pocas palabras:

Si su colectividad no dispone de un servicio público de bibliotecas:

Interese usted a sus amigos y vecinos y a las organizaciones locales en la obtención de ese servicio;

Pregunte a la Asociación Nacional de Bibliotecarios de su país o al Ministerio de Educación, qué gestiones debe hacer para obtener los servicios de las bibliotecas públicas;

Siga entonces el procedimiento que se le indique.

Si su colectividad tiene ya una biblioteca pública:

Póngase usted en relación con el bibliotecario;

Entérese de los servicios que la biblioteca ofrece;

Utilice esos servicios;

Trabaje con el bibliotecario para fomentar el apoyo local y la demanda de la clase de servicios por los que aboga este manifiesto.



Las excavaciones realizadas en Egipto de los sitios donde se asentaran las ciudades de épocas remotas han sacado a luz varios de los primitivos templos y bibliotecas de palacio, algunos de los cuales datan del año 2,000 antes de J. C. En las ruinas de un templo de Tebas — el de Karnak — los arqueólogos hallaron, por ejemplo, una inscripción que rezaba : "Casa de Libros". En Idfu, a unos 80 kilómetros de distancia, se halló un edificio, destinado a biblioteca, en muy buen estado de conservación, que se conocía en su tiempo con el nombre de "Casa de los Papiros". Un catálogo grabado en una pared de piedra del edificio revela que la biblioteca disponía de libros sobre religión, astrología, astronomía, caza de animales y muchas otras materias. La ilustración representa a los escribas egipcios haciendo su trabajo sobre papiro en el siglo XVII antes de J.-C. (Foto Museo Arqueológico de Florencia.)

LOS LIBROS SE HAN LIBERADO DE LAS CADENAS

Por Francis L. Kent, Director de la Biblioteca de la Unesco

DESDE que el hombre expresó por primera vez sus ideas por medio de la escritura — en tablillas de barro o en papiro, sobre hojas de bambú o en rollos de seda — su afán ha sido siempre recoger y conservar su obra para la posteridad. La idea de una biblioteca debe ser casi tan vieja como la civilización; y la historia de las bibliotecas es la del pensamiento y el conocimiento mismos registrados, conservados y puestos a la disposición de las generaciones futuras.

El hombre aprendió el arte de escribir en el Asia Occidental y en Egipto. Lo primero que parece haber producido en ese sentido es lo que llamaríamos actualmente documentos — compilaciones de leyes, listas de tributos — junto con textos mágicos y religiosos y poemas épicos. En los palacios y los templos se guardaron colecciones de estos escritos, que vinieron a constituir las primeras bibliotecas : y desde que se han hallado referencias a la actividad de los escribas oficiales en Egipto hace más de 6.000 años, cabe sacar en conclusión que había ya bibliotecas por aquel entonces. En Idfu, cerca de Tebas, se halló un edificio, bien conservado por cierto, que se destinaba a biblioteca, y en uno de cuyos muros de piedra se había tallado un catálogo. Un autor griego nos dice que a la biblioteca del Rey Osimandias, formada quizá unos 1.300 años antes de J.C., se la llamaba «el dispensario del alma».

La mayor de las bibliotecas antiguas de Mesopotamia era la del rey Asurbanipal en Nínive y databa del año 650 antes de J.C. Sir Henry Layard descubrió en ella, hace poco más de un siglo, unas 30.000 tabletas de arcilla, algunas de las cuales ostentan signos de haber pertenecido a determinadas personas, o en otros casos de haber sido clasificadas siguiendo un sistema determinado. Se cree que la biblioteca abría sus puertas a los súbditos del rey en general. Esta colección se encuentra actualmente en el Museo Británico y constituye la más valiosa fuente de información existente sobre las civilizaciones de Mesopotamia.

Ningún pueblo antiguo amó el saber tanto como los griegos. Aristóteles tenía una vasta colección de libros, que hacía las veces de biblioteca universitaria para su escuela de filosofía; y fué uno de los estudiantes de esta escuela el que, como refugiado político de Atenas, influyó sobre el rey Ptolomeo I de Egipto para que fundara la más famosa de todas las bibliotecas de la antigüedad — la de Alejandría — ayudándolo asimismo a llevar a cabo esta empresa.

La biblioteca alejandrina — de la que fué director, bajo el reinado de Ptolomeo III, Eratóstenes de Cirene — se convirtió rápidamente en centro de una tradición griega viva y continua, y se dice que en cierto momento llegó a contener 700.000 volúmenes, cifra que quizá no haya que tomar muy en serio. Resulta irónico que Julio César, a quien se atribuye el haber proyectado la creación de bibliotecas públicas en Roma, fuera responsable de la destrucción parcial de la de Alejandría durante los combates librados en Egipto en el año 47 antes de J.C. En los años de decadencia del Imperio Romano todas las bibliotecas que existían en las tierras de éste, comprendido lo que quedaba de la alejandrina, fueron clausuradas por orden del Emperador Teodosio, y sus libros y documentos destruídos o dispersos.

Dejemos en este punto el mundo occidental, donde debió parecer que la cultura desaparecía para siempre, para considerar por un instante las bibliotecas de China. En la época de la dinastía Chou (1122 a 256 antes de J.C.) existía ya una biblioteca imperial : pero el llamado «Primer Emperador» decretó, el año 221 antes de J.C., que se quemaran todos los libros que contenía excepto los de magia, medicina y agricultura, encargándose él mismo de la censura correspondiente. Muchos tesoros del saber, entre ellos las obras de Confucio, se pudieron conservar escondiéndolos, pero pasaron cien años antes de que Hsiao Wu volviera a fundar bibliotecas y empezara a coleccionar y transcribir las obras maestras de la literatura china que sobrevivieron a la destrucción.

Mientras se sucedían las dinastías Sung, Yuan y Ming (960-1644) se abrieron algunas de las bibliotecas imperiales a los estudiantes. Como las primeras bibliotecas de la India, el Japón y de otros países asiáticos, las de China son dignas de destacarse especialmente por sus magníficas colecciones de manuscritos filosóficos, religiosos y literarios, muchos de los cuales conocen sólo de una manera parcial los eruditos del Occidente, aún en nuestros días.

En cuanto al mundo occidental, el vacío que dejara tras de sí la extinción de las culturas griega y romana a fines del siglo IV fué gradualmente llenado — al principio con suma moderación — por la fuerza ascendente que representaba la iglesia cristiana, muy interesada en la teología, aunque poco en los clásicos, y empeñada dentro de los monasterios, en medio de un mundo tumultuoso y lleno de luchas, en producir, para gloria de Dios y esclarecimiento del hombre, las biblias manuscritas e iluminadas, los libros litúrgicos y los tratados de leyes eclesiásticas.

Debemos la biblioteca monástica a San Benito, que en el siglo VI impuso la lectura y el estudio a sus monjes; y a nuestra vez, debemos a esa biblioteca monástica de otros tiempos muchas características administrativas que prevalecen en las actuales. Los cartujos y los cistercienses habían llegado a poner en práctica un sistema de préstamo de libros. Así volvieron a ensancharse los horizontes intelectuales, y a hacerse más varias y vastas las relaciones entre los hombres.

La transición del monje encerrado en su celda a la primitiva biblioteca de los colegios y universidades — generalmente una vasta habitación con pequeños vanos o compartimentos separados — fué lenta pero fácil. Primero tenemos los libros asegurados con cadenas a los estantes y los lectores sentados frente a ellos ; luego se produce la supresión de las cadenas, a

(Sigue en la pág. 4.)

LIBROS SIN CADENAS *(Viene de la pág. 3.)*

raíz de la cual los lectores podían llevarlos a los pupitres instalados en los intercolumnios, a los cuales se tenía acceso por una especie de corredor central; disposición que se sigue todavia en muchas bibliotecas modernas, ya que pone el máximo número de lectores junto a los libros que necesitan consultar y al mismo tiempo ofrece cierto grado de aislamiento y silencio.

Al llegar a este punto, por la mitad del siglo XV, se produce uno de los grandes milagros de la historia. En el curso de las operaciones militares de los turcos, muere el último emperador bizantino en Constantinopla, al ser conquistada la ciudad en 1453. La emigración de eruditos y estudiantes a Roma, como consecuencia de este hecho, recuerda la de una generación anterior de hombres de letras a Alejandría. Pero en este segundo Renacimiento hubo una diferencia.

Un año o dos después de la caída de Constantinopla, se descubrió, en tierras bañadas por el Rin, el arte de la imprenta, uno de los inventos más revolucionarios de todos los tiempos. Sin ella, y sin el descubrimiento casi igualmente milagroso de la fabricación de papel, que se produce en Europa — a través de los árabes españoles — casi al mismo tiempo que el de aquélla, aunque fuera ya cosa vieja en Asia — ¿habría podido encontrar expresión y lograr síntesis el potencial intelectual amplísimo de los monasterios y universidades europeas y de los hombres de letras que emigraban de Oriente? Hasta los calígrafos se transformaron en impresores para poder dar abasto a la ola de trabajo que les cayó encima, entre ellos el inglés Caxton. Y la resurrección de la cultura griega y romana, con todos los adelantos filosóficos y científicos que inspirara, tuvo un efecto profundo sobre las bibliotecas.

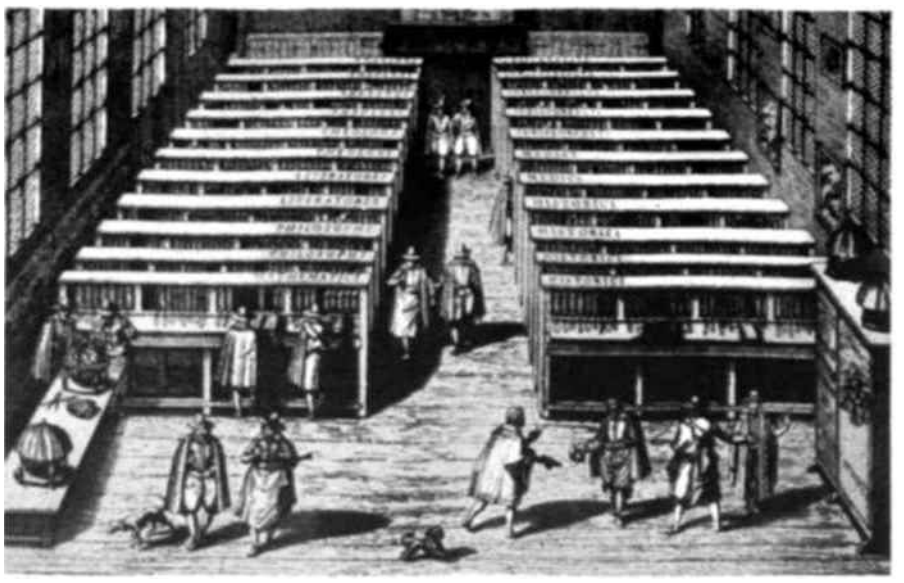
No tardó en pensarse que la disposición medieval de una biblioteca en intercolumnios no expresaba suficientemente la universalidad del conocimiento, y se empezó, en consecuencia, a construir nuevas bibliotecas cuyo rasgo principal fué un vasto salón de lectura con estanterías en las paredes y pupitres para los lectores en el centro. La primera de ellas fué la del Escorial, en España, construída en 1584, por orden del rey Felipe II, y que precedió a los salones de lectura del Vaticano en Roma, a la Biblioteca Nacional de París y, una vez que llegó a completarse la evolución correspondiente, a las grandes salas circulares del Museo Británico de Londres y la Biblioteca del Congreso en Washington.

Algunas de estas bibliotecas, con sus altísimas salas, y sus muros atestados de libros hasta la cornisa, resultan increíblemente incómodos desde el punto de vista moderno, y son muchos los que han arriesgado el pellejo montándose en escalerillas oscilantes sólo para descubrir que el libro que necesitaban quedaba—pese a todo— fuera del alcance de sus manos, pero aún así todas ellas participaban, al ser construídas, del verdadero espíritu del Renacimiento, y eran clásicas, no góticas : amplias, no divididas en compartimentos separados. El único lazo que vinculó de una manera continua la vida intelectual de la Roma antigua a la de la iglesia medieval y a la del Renacimiento era, desde luego, el latín.

Por espacio de cuatro siglos las bibliotecas renacentistas se desarrollaron y multiplicaron rápidamente, hasta el punto de comenzar a adoptar el estilo y la disposición que tienen sus grandes sucesoras en el mundo moderno. Las diversas formas que tomaron las leyes de protección a los derechos del autor aseguraron el acrecentamiento de sus colecciones, y aunque fuera restringido el acceso a algunas de ellas, en general se hallaban abiertas a todos los estudiantes.

Todavía quedaba, sin embargo, otro cambio grande por producirse; el provocado por la extensión de la educación, con la consiguiente demanda de lecturas recreativas que pudieran ponerse a la disposición de todos. Quizá no acaben nunca las autoridades en la materia de decidir si fué Inglaterra o si fueron los Estados Unidos de Norte América los que poseyeron la primera biblioteca pública moderna; lo que resulta innegablemente cierto es que el movimiento que produjo tal resultado comenzó en ambos países en 1850, y se ha estado extendiendo desde entonces a casi todos los países del mundo.

La idea de la biblioteca pública era una idea vieja, que adoptó sencillamente una nueva forma. Como hemos visto, la biblioteca del rey Asurbanipal en Nínive estaba probablemente abierta al público, y con seguridad había bibliotecas en la Roma antigua que funcionaban en las mismas condiciones. Poco después del Renacimiento surgió en varios países cierto número de bibliotecas metropolitanas o comunales, a las que tenían acceso todos los que supieran leer, y por otra parte los libros y publicaciones de otras se libraron al público como consecuencia de los grandes movimientos revolucionarios de fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX — aunque ocurriera frecuentemente que no se tomaban medidas para su conservación.



Hace varios siglos, para evitar los robos, las bibliotecas aseguraban los libros con cadenas, como puede verse en este grabado donde se representa la de la Universidad de Leyde, que fundada en 1575, gozara de gran fama.

Pero el movimiento moderno en este sentido se basa en otras nociones, y éstas sí que son nuevas. En primer lugar, la biblioteca pública de la actualidad se sostiene generalmente con la recaudación de tasas nacionales o locales especialmente creadas para su conservación ; y luego dicha biblioteca parte del supuesto de que todos los ciudadanos, de todas las edades y clases sociales, saben leer o están aprendiendo a hacerlo. De esto ha surgido un nuevo concepto de la función del bibliotecario. Ya no es éste un « cuidador », temeroso de perder los bienes que custodia, limitado de miras; es un hombre activamente preocupado por proporcionar el libro necesario al lector adecuado en el momento oportuno; un hombre que siente un verdadero placer al ver sus estantes medio vacíos, porque sabe que los libros a su cargo se usan bien y con frecuencia. Como dijo recientemente un experto : « Ciertos bibliotecarios aspiran a ser buenos guardianes de libros; y algunos, desgraciadamente, lo consiguen.»

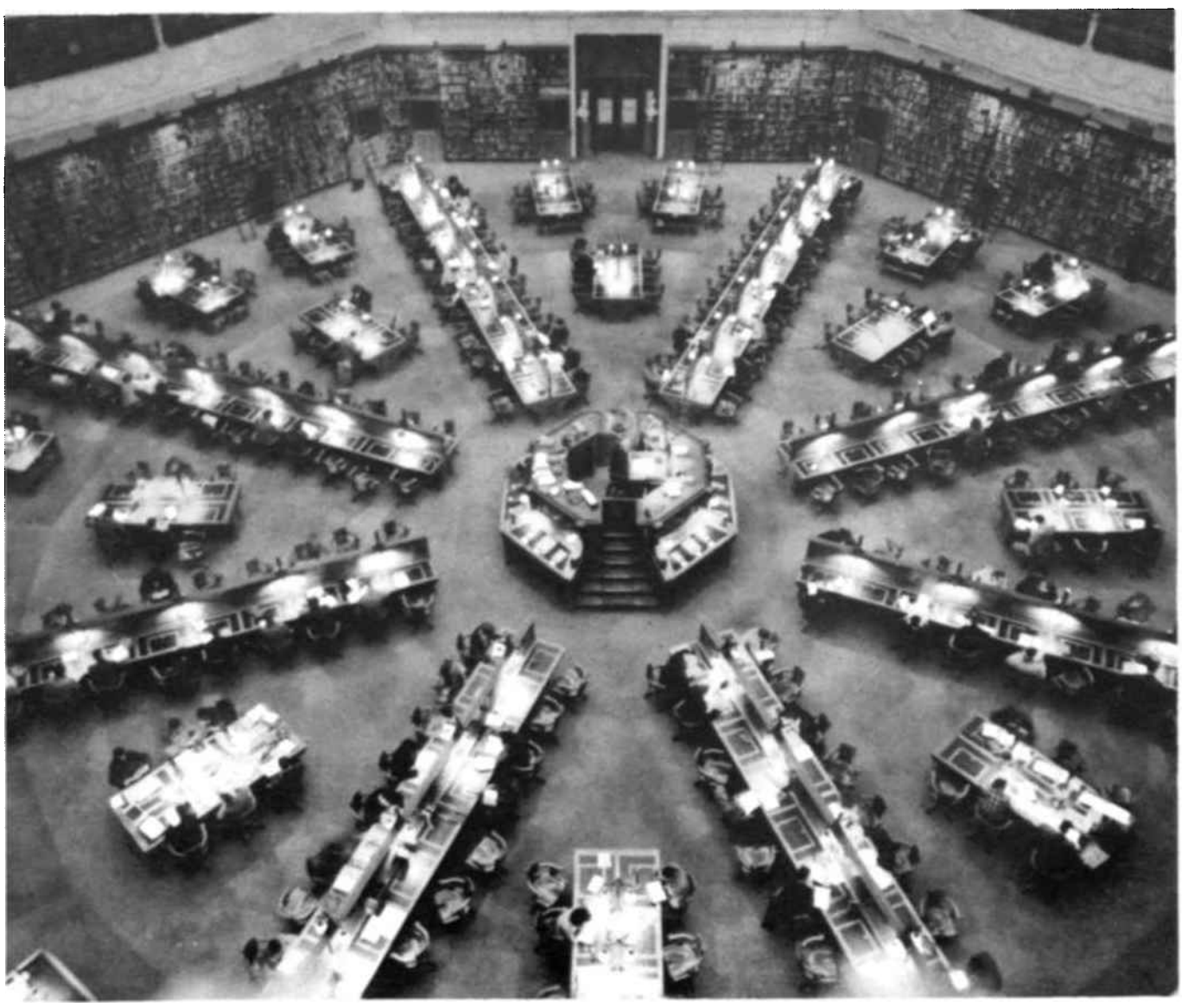
Además, el bibliotecario ya no se contenta con suministrar lo que se le pide; ahora se esfuerza, no sólo por anticiparse a las demandas, sino también por crearlas. Hoy prestan libros, no sólo las bibliotecas de las grandes ciudades, para que sus lectores los lleven a sus casas, sino que hay también bibliotecas rurales; bibliotecas transportadas en camión o a lomo de caballo a remotas aldeas o enviadas, por tren o por avión, en cajones; bibliotecas instaladas en los hospitales, escuelas y cárceles, y bibliotecas distribuídas por barco a los marinos.

Con todo ello se ha creado una conciencia cada vez más aguda de la esencial unidad que debe regir la obra de esta institución. En muchos países las bibliotecas populares han estimulado la demanda entre sus propios lectores, tanto de libros de estudio como de lecturas recreativas, y han surgido los sistemas de préstamos entre bibliotecas para utilizar, en la mejor forma posible, los recursos de que se dispone. Un sistema ideal de préstamos de esta clase sería aquel por medio del cual se pudiera proporcionar cualquier libro sobre cualquier tema a cualquier persona, en cualquier sitio y en cualquier momento. Y hay sistemas que no están lejos de lograr este ideal.

Ya en 1877 el Dr. Poole, a cuyo cargo estaba la Biblioteca Pública de Chicago, dijo que no veía razones más válidas para excluir de una biblioteca a los niños que para excluirlos de una iglesia. Cuarenta años antes se había fundado en West Cambridge, Massachusetts, una biblioteca infantil, pero el verdadero movimiento en este sentido data de 1900, cuando las secciones destinadas a los niños empezaron a considerarse en las bibliotecas cosa tan corriente como las colecciones de libros recibidas en préstamo. Algunos de los salones más modernos destinados a los niños, amueblados con mesas y sillas pequeñas y decorados con gusto e imaginación, resultan muy atractivos y, bajo la inspección de una ayudante, especialmente preparada para su tarea, han obtenido un éxito muy merecido. Pero el valor fundamental de las bibliotecas infantiles radica en las oportunidades que ofrecen para que los niños reciban lecciones tempranas sobre sus deberes de ciudadanos, sobre el cuidado de la propiedad pública y sobre lo que significan el juicio y el pensamiento independientes. La biblioteca se transforma así en parte de la herencia de cada ciudadano, desde su infancia hasta el fin de sus días.

Los últimos capítulos de esta larga historia deben dedicarse a las cinematecas y las discotecas, así como a las mejoras introducidas en el manejo y funcionamiento de las bibliotecas de siempre. En la actualidad se ha llegado a estudiar hasta el uso de las máquinas automáticas dentro de éstas. Pero todo ello tiene lugar dentro del marco principal de servicio a la colectividad, que ha adquirido proporciones internacionales — ya no locales o nacionales — y que constituye una de las fuerzas más potentes del mundo actual para promover la comprensión internacional por la que tanto se viene abogando.

La Biblioteca Pública de Melbourne, en Australia, está considerada por los expertos como una de las de primera clase en todo el mundo. Cuenta con más de 600.000 libros y da información sobre cualquier clase de cuestión en que puedan interesarse los que se dedican a las investigaciones de toda índole y los hombres de negocios. Esta foto de su salón de lectura fué tomada desde una de las galerías del cuarto piso del edificio. (Foto Oficial Australiana.)



LIBROS EN LA SELVA AFRICANA

EL mes próximo, en la Universidad de Ibaden, en Nigeria, se reunirá un grupo de maestros y de bibliotecarios de todas partes de Africa para marcar rumbos al experimento destinado a hacer que los que sepan leer puedan obtener los libros que necesitan. El seminario, organizado bajo los auspicios de la Unesco, dedicará especialmente su atención al problema de ofrecer más servicios públicos de biblioteca en las zonas rurales de Africa, ya sea en escala nacional o en escala regional. También estudiará la expansión de los servicios de bibliotecas circulantes en el « hinterland », el uso de películas y de otras técnicas audiovisuales en las campañas de educación popular, y las medidas que haya que tomar para preparar profesionalmente a un número mayor de bibliotecarios.

Los problemas de la zona oeste del Africa británica a que se hace referencia en el artículo que publicamos a continuación, son típicos de los que se plantean en muchas partes de ese continente, donde el desarrollo de las bibliotecas ha seguido una línea histórica: empezando por las salas de lectura creadas por organismos privados o semioficiales, convertidas más tarde en un sistema de bibliotecas, hasta llegar a ser por fin una responsabilidad oficial, aceptada y reconocida por el Gobierno.

★

Los servicios de biblioteca comenzaron a funcionar en las cuatro capitales del Oeste de Africa hará unos diez años, bajo la dirección de los representantes del Consejo Británico. Para la Costa de Oro y para Nigeria se designaron bibliotecarios europeos, preparándose al mismo tiempo a otros africanos para que los ayudaran en sus tareas o los sustituyeran luego.

En el curso de diez años, el servicio de la Costa de Oro ha llegado, por así decirlo, a la «mayoría de edad», independizándose del Consejo Británico a pesar de todas las dificultades iniciales: por ejemplo, la falta grande de libros en los primeros años de su funcionamiento.

En dicha localidad africana ciertas cosas se pusieron muy pronto en evidencia. En primer lugar, que la dificultad principal dentro de una zona tan vasta y tan poco desarrollada es la selección de libros. No se han publicado los suficientes libros del tipo adecuado. Aunque los que los soliciten sean adultos y a veces quieran leer publicaciones sobre temas profundos o avanzados, los libros tienen que estar escritos en estilo sencillo para que aquéllos puedan comprenderlos fácilmente. Hay muy pocos libros en los idiomas del Africa occidental, de modo que antes de que pueda hacerse uso de los existentes hay que aprender inglés, idioma extranjero para la mayor parte de la población.

Desde un principio se puso también de relieve otro factor. La mayor parte de los africanos que hacían uso de los servicios de las bibliotecas se dedicaban preferentemente a leer los libros necesarios para pasar sus exámenes. Había muy pocos que se dedicaran a la lectura como pasatiempo, pero así y todo, la biblioteca no se había creado únicamente para prestar o proporcionar libros de texto. La falta de demanda de obras de ficción o de recreo se vió compensada, sin embargo, por la de libros infantiles, en los que los pequeños clientes de la biblioteca debían hallar tanto solaz.

Viene luego la cuestión de ayudar a los lectores a escoger libros, cosa que no es tan difícil cuando aquéllos vienen en persona a la biblioteca, ya que siempre hay personal a mano para aconsejarles y ayudarles en su elección.

Pero en los 240.000 kilómetros cuadrados de la Costa de Oro no es ésta siempre una solución posible. Hay dos métodos más de hacer que el lector se reúna con el libro que desea. Uno es el envío de cajones de libros — cada uno de los cuales contiene aproximadamente unos cincuenta—y que se ponen a la disposición de las escuelas, liceos, centros comunales y sociales y hospitales públicos. Cada uno de esos cajones tiene un estante dentro, y cuando se lo pone de pie puede hacer las veces de un pequeño mueble-biblioteca. Actualmente circulan unos diez mil libros por medio de este servicio.

La tercera solución consiste en llevar la biblioteca al lector, si éste no puede venir a la biblioteca.

Para lograrlo, se construyó en la Costa de Oro una biblioteca circulante que consiste en un camión con estantes en la parte de fuera, de modo que al detenerse en un sitio pueda el público circular alrededor de él. De esta manera pueden elegir libros más de veinte personas al mismo tiempo.

Ese camión contiene unos mil volúmenes, y en el interior se llevan bidones de combustible y las tiendas de campaña y equipo necesario para pasar la noche en cualquier parte. Como protección extra contra la lluvia, los estantes externos pueden cubrirse con tela impermeable, que se coloca con la misma rapidez que la capota de un coche.

El camión permite que una selección del fondo de la biblioteca pueda recorrer el interior del país, y el bibliotecario va con él siempre que las circunstancias lo permiten. De esta manera puede aconsejar a los lectores en su elección de libros. El sistema tiene la ventaja de que el contacto personal entre el bibliotecario y el público lector hace que éste se sienta más dispuesto a pedir consejo. Y se presta asimismo un parecer o la ayuda que sea necesaria siempre que se trate de elegir volúmenes para las bibliotecas escolares, de luchar contra el gusano o la polilla que roen los libros o de aprender el simple manejo de una biblioteca.

La de la Costa de Oro es también de gran utilidad para los maestros, a quienes envía gratis y franco de porte tratados sobre enseñanza y materias afines. Este servicio comenzó a funcionar al hacerse cargo la biblioteca general de la que tenía instalada el Departamento de Educación. Toda vez que ello sea posible, el bibliotecario se pone personalmente en contacto con los maestros, y siempre que sale el camión en uno de sus viajes se invita a las escuelas a visitarlo.

En diversas partes de la Costa de Oro se han hecho ya planes para crear bibliotecas regionales. A medida que se inaugure cada una de éstas, se le añadirá un camión para que haga circular parte de sus existencias, descentralizando así el método de los envíos de cajones de libros y logrando que se hagan más frecuentes las visitas a los distritos vecinos. Cada una de estas bibliotecas regionales empezará a funcionar bajo la dirección de un europeo, pero se espera que un año después de su fundación haya un africano preparado y dispuesto a reemplazar a aquél en sus funciones.



Tres bibliotecarios jóvenes de la Costa de Oro examinan con orgullo los títulos profesionales que acaban de recibir.

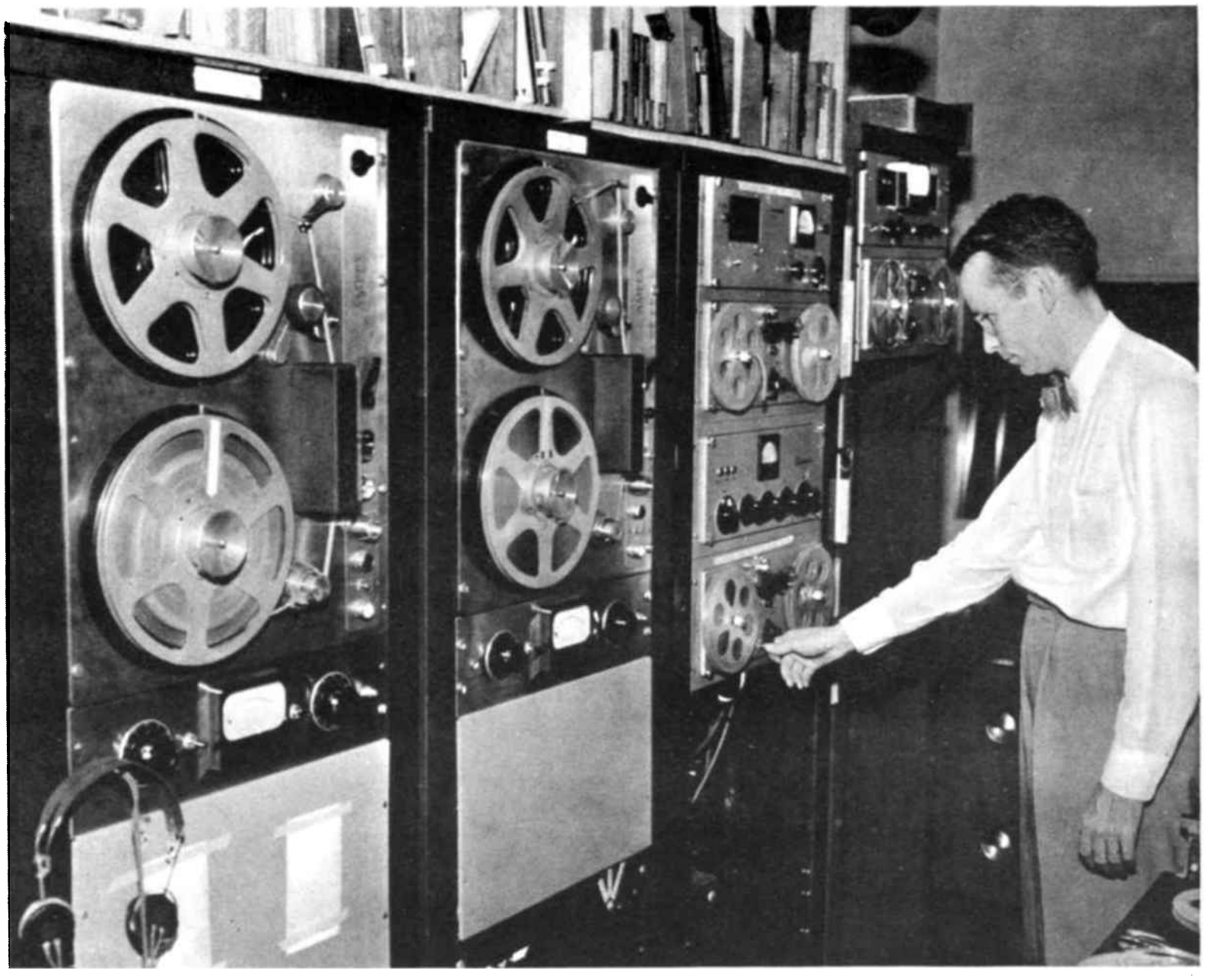


Un nuevo centro comunal en Accra, localidad de la Costa de Oro, ofrece diversas formas de distracción, de educación popular y de servicios de biblioteca para jóvenes y ancianos.



El movimiento de educación popular se esparce rápidamente por el Oeste de Africa. En la plaza de la aldea se coloca un cuadro de lectura para que todos puedan verlo.

SE HAN DERRIBADO LOS MUROS



Aquí puede verse el equipo del cuarto de mandos de la estación de radio dirigida por la biblioteca de Louisville. Por espacio de catorce horas diarias, esta estación ofrece buena música, versiones condensadas de libros y piezas teatrales y otros programas que contribuyen a la distracción e ilustración de sus oyentes.

Por Karl Detzer

En Louisville (Kentucky), la dueña de una casa, después de terminar sus compras por la tarde, va presurosa a la espléndida biblioteca abierta al público. Al entrar, deja sus paquetes en un cesto metálico montado sobre ruedas, lo dirige hacia el despacho de préstamos y dice: «Quisiera un cuadro con su correspondiente marco para mi salón».

Le contestan que no hay gran cosa para elegir, pues la mayor parte de los originales y de las esmeradas reproducciones del museo de la Biblioteca han sido ya prestadas, pero ella, al fijarse en una acuarela de un artista de Kentucky, piensa que no estaría nada mal colocada en uno de los muros de su casa. El bibliotecario estampilla su carta y le presta el cuadro por un mes.

A continuación indica que quisiera oir algo de Beethoven; con unos audífonos oye pasajes de una docena de discos y acaba por pedir prestados cinco, durante una semana, mediante su tarjeta de entrada. En la sección de libros elige una novela ligera y un libro voluminoso sobre las relaciones raciales -asunto muy de moda en Louisville. Luego baja rápida a una sala oscura, donde una veintena de otros contribuyentes se regalan con la televisión, otro servicio público y gratuito de la biblioteca. De paso, cinco centavos que deposita en un aparato automático le proporcionan una bebida inofensiva, que absorbe lentamente, mientras descansa observando la pantalla.

No mucho tiempo, por supuesto, Eran casi las cinco de la tarde, y debía volver a casa. Ya en ella, al propio tiempo que millares de ciudadanos de Louisville, conectaría con la estación WFPL para oír la «Mesa redonda de Chicago», así como media hora de canciones populares mexicanas y otros treinta minutos de Brahms. Esta estación radiofónica, dotada de una emisora de 250 watios, es propiedad de los contribuyentes de Louisville y les procura diversión y cultura a un tiempo. La biblioteca pública opera desde sus estudios, situados en la planta baja del edificio principal. Las escuelas públicas contribuyen asimismo a su eficacia al utilizarla como uno de los elementos educativos más variados. Durante catorce horas diarias, emite buena música, discursos importantes, discusiones libres, síntesis de obras de teatro, libros corrientes y retransmisiones de las mejores emisoras cuando ha logrado obtener el permiso previo. Transmite asimismo cada semana centenares de otros programas, gracias a una amplia red ciudadana de líneas telefónicas arrendadas al efecto.

Esas líneas conectan la biblioteca con todas las escuelas de Louisville de primero y último grado, con las escuelas parroquiales que lo deseen, con la Universidad municipal, las salas de niños en los hospitales, la sección psicopática y con todas las bibliotecas filiales. Cada uno de los 35 abonados puede obtener el programa que desee a cualquier hora del día con una simple indicación. La colección de grabaciones de la biblioteca, aunque data solamente de cinco años, cuenta hoy con millares de fonogramas y registros de óperas, canciones populares, sinfonías, lecciones de idiomas y poesía, obras teatrales del Broadway y retransmisiones de todos los programas importantes de las líneas de radiodifusión. La estación de radio las capta, las registra y las colecciona en cinta magnetofónica. Con una simple petición de los profesores a la Biblioteca, surgen en su clase sugestivos programas de radio sobre cualquier asunto que estudien los alumos. Sentados y apoyándose en su pupitre, los niños pueden explorar con Marco Polo, cabalgar en la pista del Oregón, galopar con Paul Revere, cazar pájaros con Audubon, o bogar en el Mississippi con Huckleberry Finn. Oyen obras maestras de poesía y prosa leídas por Lionel Barrymore, Charles Laughton, Orson Welles y otros actores famosos; escuchan asimismo las voces auténticas de Jane Adams, Amelia Earhart, Woodrow Wilson, Edison, Marconi y tantos otros.

Escuelas, clubs o simplemente sencillos ciudadanos pueden elegir prestadas cualesquiera de las 550 películas de la impresionante colección de la biblioteca. El verano último, un tendero de ultramarinos a quien molestaban los pilluelos sueltos por las calles, pidió prestada una película a la biblioteca e instaló una pantalla y un altavoz en un terreno baldío próximo a su almacén. Cada tarde, un centenar de niños abandonaba las callejas, se sentaba en el suelo y se regalaba gratis con una excelente sesión de cine.

En tres años, tres mil adultos se inscribieron en las «Universidades de barrio» de la Biblioteca, asistiendo a cuatro clases por semana en cuatro de las bibliotecas filiales. Profesores de la Universidad municipal dan clases heterogéneas, que varían desde la crítica musical hasta las ciencias naturales. La enseñanza es gratuita, excepto para los estudiantes que tienen un crédito especial en sus liceos respectivos.

No cabe duda de que en la Biblioteca hay también libros -medio millón-. En dos años, a pesar de la televisión concurrente, su circulación ha aumentado el 40%; desde 1.200.000 a 1.760.000 por año. El costo total de gestión, préstamos de libros, películas cinematográficas, cuadros y discos, es ligeramente inferior a diez centavos comparado con la media nacional de veintinco.

Louisville ha conseguido esta ventaja gracias a la modificación de métodos y a la introducción de técnicas comerciales. El costo de todos los servicios extraordinarios de la Biblioteca, incluyendo radio, salarios, compra de películas y discos y abono a las líneas telefónicas, se cifra en 47.541 dólares, aproximadamente 12 centavos por cada uno de los 386.000 habitantes de la ciudad. Secundando el plan de poner la Biblioteca al servicio de los ciudadanos que la pagan, hay dos funcionarios dinámicos, de 46 años, conocidos de la mayor parte de sus convecinos por los nombres de Skip y Charlie. Skip es Clarence Reginald Graham, Director de la Biblioteca pública, quien según su humor, habla como profesor de filosofía, como evangelista, o como un carretero encolerizado. Charlie es el Alcalde Charles F. Farnsley, alto, rubio, igualmente desenvuelto cuando discute acerca de la limpieza de basuras como cuando interviene en una discusión sobre la cultura china. Ambos son hijos de Louisville. Farnsley fué el iniciador, y Graham el realizador. La biblioteca tiene una historia accidentada. Hace más de 75 años, un grupo de vecinos de Louisville decidió que hacía falta una biblioteca pública gratuita. Compraron un lote de libros, los prestaron gratuitamente y financiaron su proyecto con una lotería. Eventualmente, compraron un considerable grupo de casas comerciales situadas en el centro urbano y en él se instaló la biblioteca y funcionó hasta hace 40 años. Entonces, Andrew Carnegie regaló el edificio que hoy ocupa, y alquilados los antiguos inmuebles a un gran almacén, contribuyen a sufragar en buena parte los gastos anuales. La Biblioteca no es aún propiedad de la ciudad: el Consejo de Administración, presidido por el Alcalde y una delegación municipal, la administran sin fin alguno lucrativo. Hace 25 años, Louisville construyó un puente sobre el río Ohio, financiado por un derecho de peaje. En virtud de una disposición de esa época, el Alcalde podía disponer de todo el remanente de esos derechos de peaje una vez amortizadas las obligaciones. Farnsley era Alcalde hace cinco años cuando se pagó la última obligación, y se encontró con un remanente de 50.000 dólares. Como había formado parte del Consejo de Administración de la Biblioteca, conocía bien la necesidad de fondos del establecimiento. Muchos jefes de sección del Municipio le sugirieron ideas acerca de la utilización de ese dinero, desde los jardines públicos hasta los lugares de estacionamiento de los coches. Pero Farnsley entró en el despacho del bibliotecario Graham, y ante su asombro, dejó en la mesa de su despacho un cheque por 50.000 dólares.

He aquí el dinero, Skip, -dijo-. Derribe los muros y ponga la biblioteca a la disposición del público.

No es la primera vez durante el régimen de Farnsley que la Biblioteca ha roto con la tradición. La biblioteca « libre » sólo era libre para los



La orquesta de Louisville durante el programa, "Introducción a la música", serie de conciertos-conferencia ofrecida por la Biblioteca Pública de la localidad.



Los enfermos del hospital de niños contemplan las películas suministradas por la biblioteca. (Fotos "copyright" "Courrier-Journal and Louisville Times").

ciudadanos blancos. Después de llegar el mayor Farnsley a su despacho, el cartel «Blancos únicamente» no volvió a utilizarse. Esto produjo algunos incidentes, pero ahora los negros y los blancos utilizan la biblioteca conjuntamente, en perfecta amistad.

La emisora de radio sólo le ha costado a Louisville 5.000 dólares. La estación es una de las mejores regidas del mundo. Además de los programas difundidos por sus ondas, emite hasta 12 programas a la vez por líneas telefónicas arrendadas. Como el presupuesto de la estación es corto, el número de empleados para hacer funcionar ese complejo conjunto es muy reducido. A ciertas horas una sola persona, a la vez operador, locutor, ingeniero —en ocasiones es una muchacha— hace verdaderos juegos malabares con los doce programas, simultáneamente difundidos.

Pero la W.F.P.L. ofrece a sus oyentes todo lo que desean, lo mismo si se trata de una charla sobre horticultura que de un concierto sinfónico. El auditor propietario está seguro de poder girar el botón de su receptor sin que le asalten los aires de un jazz, emisiones mediocres o el diluvio de la publicidad comercial. En las líneas telefónicas arrendadas, una música especialmente seleccionada por los médicos por sus efectos lenitivos, se difunde durante 12 horas de las 24, para los huéspedes de la clínica psiquiátrica de la ciudad.

En las escuelas, los profesores organizan sus cursos en función de los programas radiofónicos. Así, cuando una clase de historia se refiere a la guerra civil norteamericana, el profesor divide el tiempo entre la lectura de los textos y la radio. Los alumnos escuchan una biografía novelada de John Brown, en la que se destacan las tensiones que originaron la guerra. Oyen a Henry Fonda en el papel de Lincoln joven, y a Raymond Massey en el «Lincoln en Illinois», de Sherwood.

La emoción de los muchachos llega al paroxismo cuando se oye el primer tiro disparado en Fort-Sumter, cuando oyen contar el combate que opone Monitor a Merrimac, recitado, como si realmente asistiesen a él, por los locutores de la radio. Los alumnos se transforman en espectadores en los combates de Bull Run y de Appomatox, localidades que fueron teatro de furiosos encuentros. Escuchan las reacciones de la multitud mientras Lincoln pronuncia su discurso en Gettysburg. Están en el teatro Ford en aquella noche trágica en que los disparos estallaron y cuando el Presidente se abatió en su palco. Galopan sobre las trazas del asesino, John Wilkes Booth, con los perseguidores y participan en su captura.

Cualquiera que sea el tema estudiado, «La unción de Carlomagno», «El descubrimiento del petróleo en Texas», o una sesión histórica de la Organización de las Naciones Unidas, se encuentra en la Biblioteca dispuesto a revivir ante la clase en la que se le evoque.

Diez y seis profesores de escuelas públicas constituyen el comité de apreciación encargado de elegir los discos que deben difundirse en las escuelas y de establecer los textos impresos destinados a acompañarles, tarea que no se interrumpe durante el verano. Los jefes de los diferentes servicios de la Universidad municipal suministran a este respecto autorizados consejos, y las estaciones radiofónicas locales están prestas por su parte a suministrar su opinión técnica en caso de necesidad.

La introducción de la televisión en las bibliotecas había provocado al principio en los medios cultos de Louisville cierta reprobación. Ahora bien, las estadísticas demuestran que después de esta reforma, el número de libros prestados ha aumentado en cada una de las bibliotecas anejas. Nada es más fácil, en efecto, que detenerse en el despacho de préstamo después de haber asistido a una representación gratuita, elegir un libro y llevárselo a casa.

Como un educador local criticaba el valor cultural medio de los programas de televisión, el Alcalde replicó en el acto: «Prefiero que las gentes vayan a la biblioteca aneja más próxima para asistir a un espectáculo televisado antes que se marchen al bar de la esquina». Las mujeres pueden llevar a sus niños, hacer punto de media y distraerse sin tener que tomar una consumación. Farnsley sostiene a Graham en los esfuerzos que despliega para distribuir los servicios de la Biblioteca en cada uno de sus distintos círculos. A veces él mismo estimula su actividad. El fué el que logró convencer a la Liga Artística local para que ofreciese a la Biblioteca sus bellas colecciones, a fin de que las piezas puedan prestarse a los habitantes de Louisville. Esta iniciativa fué muy fríamente acogida por los anticuarios, pero pronto se dieron cuenta de que en último extremo les procuraba sustanciales beneficios. En efecto, cuando un habitante de la ciudad, después de haber guardado un cuadro en su casa durante un mes, no quiere separarse de él, el Sr. Graham lo pone en relación con un comerciante de la localidad y le consigue facilidades de pago.

Recientemente, hizo irrupción en el despacho del bibliotecario el Sr. Farnsley agitando una carta y declarando con aire de desafío: «Skip, trate usted de meter eso en su cartera. Como ve usted es imposible. Evidentemente, la carta está en un bolso de señora. Pero ¿es que usted no quiere que los hombres le pidan libros prestados?». Graham le dió la razón, y de ahora en adelante las dimensiones de la carta de la Biblioteca de Louisville permiten meterla en cualquier billetera masculina.

Así, gracias a sus pequeñas o grandes iniciativas, el Bibliotecario y el Alcalde han derribado los muros y puesto a disposición de los habitantes de Louisville los libros, la música, el arte y la educación. Graham, que era hace varios años presidente de «la American Library Association», ha definido su programa en un mensaje dirigido a esa organización: «El bibliotecario no ha de ser solamente un erudito y un educador; debe también saber hacer una propaganda hábil en favor de su biblioteca y de los recursos que ofrece. Debe valorizar su mercancía con toda la gracia de un buen comerciante».

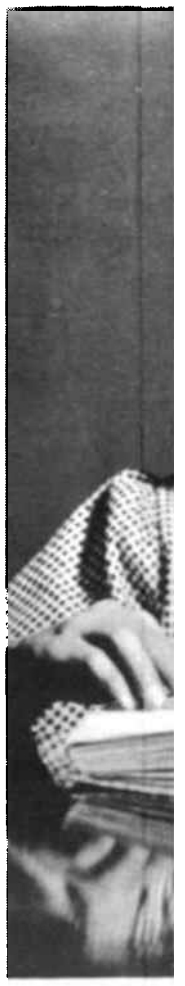
Acaso estos principios sean pura herejía para ciertos medios bibliotecarios, pero en Louisville han hecho maravillas.

(Este artículo es copyright y lo reproducimos con la autorización graciosa del «Saturday Review», U.S.A.)

Los cestos con ruedas usados en un tipo especial de tiendas de los Estados Unidos están a disposición de los habituales de la biblioteca para transportar libros, discos, revistas, folletos y cuadros.





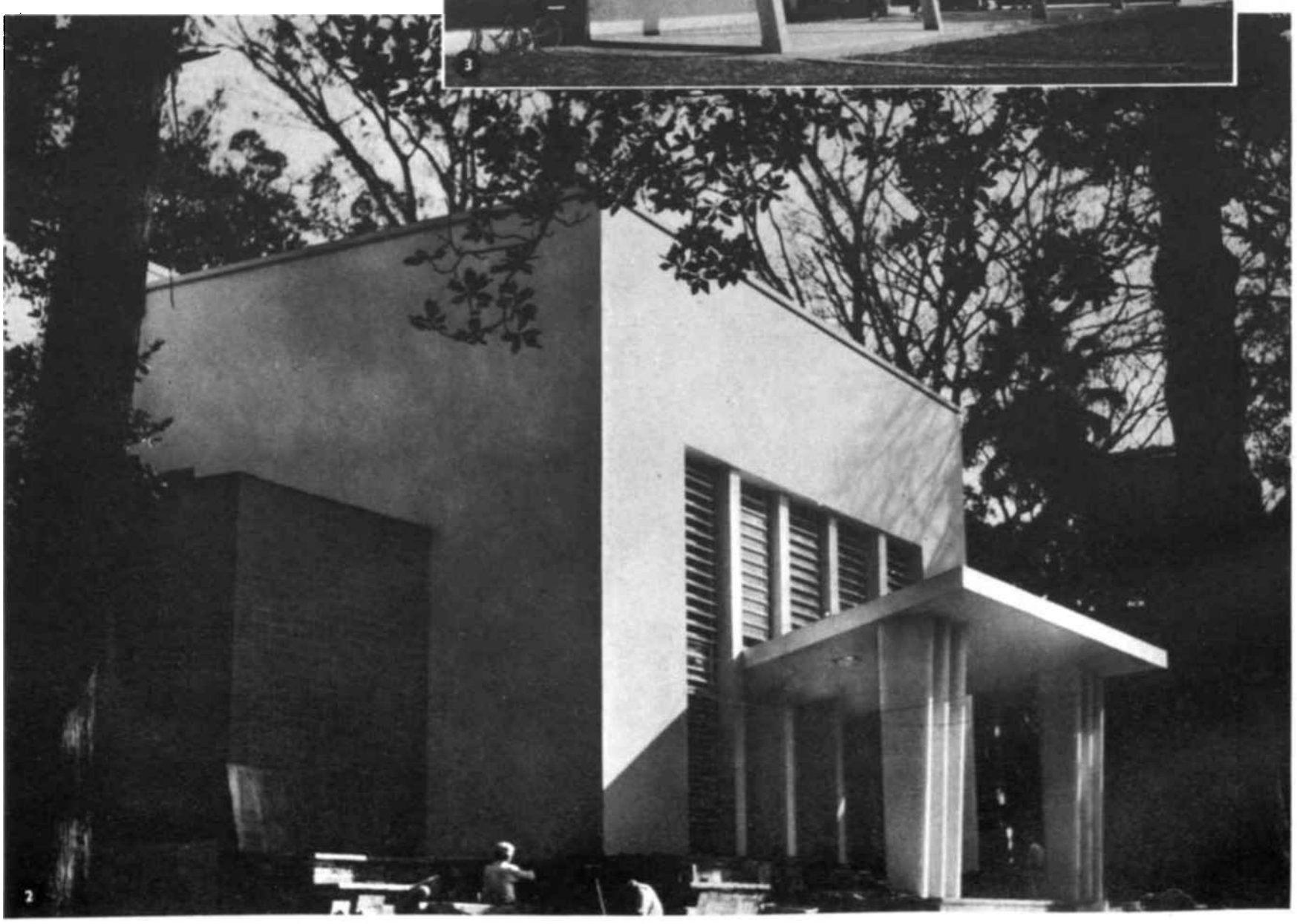


¡ Casi 400 libro

BIE



La Biblioteca Infantil de São Paulo, la más moderna en Sud-América, se aloja en un magnífico edificio de líneas típicas de nuestro siglo ❶. La Biblioteca dispone de una terraza para la lectura al aire libre, de un cine, un salón de conferencias, salas de referencia y de préstamo, un salón comedor y otras secciones especiales en que los niños pueden pintar o esculpir, escuchar discos, bailar y organizar diversos juegos. También tiene una sala de monedas y estampillas, y una sección Braille con unos 400 libros para niños y niñas ciegos. En Setiembre del año pasado se inauguró un Teatro Infantil ❷ construído junto a la biblioteca, con capacidad para 700 espectadores. Los niños participan en muchas de las obras representadas y en los espectáculos de títeres. La sucursal del barrio de San Amaro ❸ se inauguró el 25 de Enero de este año, y ofrece las mismas atracciones y servicios que la biblioteca central, con excepción del Teatro Infantil.



Todos lo
lleno
corazó
centro
callecita —
barrios obrer
El ómnibus s
ponde a un e
de un jardín
él descender
impaciencia
de los pequei

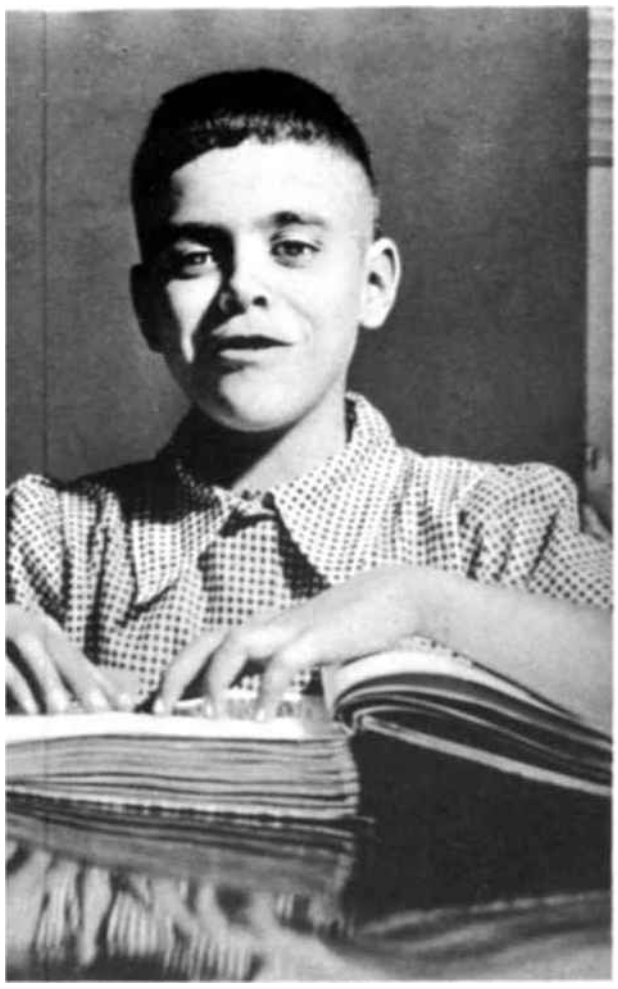
Este paraí
Infantil de S
especial sólo
de uno de lo
tanto en el
Biblioteca In
la audaz c
así como po
muchas opo
intelectual q
de la vista q

Más de 35.(
pueden elegi
cuenta, escuc
de música cl
títeres, publi
siones o pon
en la sala e
pasado.

Cinco sucu
han sido con
partes de la
autoridades
cadena de 2
cuales contar
En el mism
bibliotecas s
movimiento
país.

Mucho del
Lenira Fracc
Infantiles de
últimos 20 aí
miento de las
en que los ni
tros sociales
recreo y dive
pertenece, d
lectura y e
medio de una

Como hace
Zelanda al vi
« La impresi
niños consid
como una i
todas las est
biblioteca, y
en sus man
de ajedrez,



)0 libros en caracteres Braille ! Este será interesante.



Un típico baile brasileño organizado por una de las cinco bibliotecas infantiles de São Paulo.

IBLIOTECA INFANTIL: PARAISO DE LOS CHIQUILLOS DE SÃO PAULO

por S.-M. Koffler

dos los miércoles y viernes un ómnibus especial, lleno de niños que arman gran bulla, atraviesa el corazón de la ciudad brasileña São Paulo, cuyo centro está lleno de rascacielos, y se dirige a una a — la Rua General Jardim — de uno de los obreros más densamente poblados de la ciudad. ibus se detiene frente al número 485, que corres- a un edificio ultramoderno de dos pisos, rodeado ardín admirablemente cuidado y dispuesto, y de enden unos 50 niños ciegos que se dirigen con ncia al llamado « Paraiso da Gurilandia », o sea equeños.

paraíso — cuyo nombre oficial es « Biblioteca de São Paulo » — no constituye una institución l sólo para niños ciegos, sino el cuartel general de los movimientos más notables en su género, a el Brasil como en toda la América ibera. La ca Infantil de São Paulo marca rumbos, por az concepción arquitectónica de su edifico, o por sus métodos y técnicas avanzados y las oportunidades de expresión y de desarrollo ual que ofrece lo mismo a los niños que gozan sta que a los ciegos.

le 35.000 niños registrados en la biblioteca central elegir alguno de los 30.000 libros con que ésta escuchar grabaciones del « folklore » nacional o ica clásica, pintar, aprender el arte de manejar publicar su propio periódico, organizar excur- poner en escena sus propias obras de teatro ala especialmente construída al efecto el año

sucursales, donde se siguen los mismos métodos, o construídas en los dos últimos años en otras le la ciudad — todas en barrios obreros — y las ades municipales proyectan la creación de una de 20 bibliotecas infantiles, cada una de las ontará con terrazas para la lectura al aire libre. mismo estado se han construído ya algunas as similares o se están construyendo, y el ento se extiende asimismo a otras regiones del

o del éxito de ese movimiento se debe a Doña Fraccaroli, directora de la División de Bibliotecas es de la ciudad de São Paulo, que ha dedicado los 20 años de su vida al desarrollo y perfecciona- de las bibliotecas infantiles, no sólo como sitios os niños puedan obtener libros, sino como cen- iales y como una especie de delicioso jardín de diversión que los niños puedan sentir que les e, donde puedan aprender los placeres de la y expresar libremente su personalidad por e una serie de artes y artesanías.

hace poco señalara un bibliotecario de Nueva al visitar la Biblioteca Infantil de la Rua Jardim, presión más fuerte que tuve fué la de que los nsideran su biblioteca más como su casa que na institución oficial. Tienen acceso libre a s estanterías y al catálogo de la a, y al mismo tiempo se ponen manos juegos diversos (tableros rez, cartas, etc.). Dos veces por

(Sigue en la pág. 11.)



¿Qué libro me llevaré a casa? La respuesta no es fácil cuando hay que elegir entre 30.000.

PINOCHO Y BABAR ENSEÑAN IDIOMAS EN MUNICH

Son varias las bibliotecas públicas que, en la actualidad, pueden enorgullecerse de haber prestado ya más de un siglo de servicios a la colectividad. El movimiento de bibliotecas infantiles, sin embargo, data apenas de comienzos de este siglo, época en que el reconocimiento de la clase de servicios que pueden prestar en el orden nacional y en el internacional se señaló con la inauguración de salas especiales destinadas a las niños en un número cada vez más creciente de bibliotecas de todo el mundo.

En el desarrollo de este movimiento las bibliotecas de las Estados Unidos desempeñaron un papel preponderante, ofreciendo un ejemplo digno de ser seguido por los demás países. La impresión recibida por un distinguido autor danés al visitar la Biblioteca Pública de Nueva York en 1911, basta para demostrar que la idea constituía por aquel entonces una novedad en muchos otros países del mundo : «Estaba preparado — dijo — para todas las otras cosas que he visto en Estados Unidos : pero estas bibliotecas infantiles son sencillamente asombrosas, y me han causado tanta sorpresa como placer. Me encantaría pasarme las horas en esta sala tan espaciosa y tan bien decorada, leyendo en compañía de los niños que la frecuentan. Es como volverse niño de repente, pero gozando de una libertad que no tenía uno en la infancia ».

La idea es ya práctica común en la actualidad, y las secciones infantiles de las bibliotecas, o las instituciones de este tipo dedicadas exclusivamente a los niños, se han convertido en parte integrante del sistema de bibliotecas, habiendo sido parejo su desarrollo con la rápida expansión de las sucursales que aquéllas tienen en las ciudades importantes de la mayor parte de los países del mundo.

Muchas de las primeras bibliotecas infantiles que se abrieron aquí y allá se inspiraron en el modelo estadounidense y hasta se fundaron con ayuda de los Estados Unidos. La primera adaptación europea de la idea e ideal norteamericanos de servicio de biblioteca para niños fué el establecimiento de este tipo fundado en Estocolmo en 1911 por la Dra. Valfrid Palmgren, a raíz de una visita que hizo a diversas bibliotecas de los Estados Unidos. Y en Londres, en 1920, se creó una biblioteca infantil en la que fuera casa de Charles Dickens. Un personal de muchachos y niñas atendían esta institución, bajo la dirección de un joven clérigo norteamericano que habia descubierto el pequeño edificio y vió en él un local con posibilidades extraordinarias para la función a que se lo iba a destinar.

Pero los edificios dedicados exclusivamente a bibliotecas para niños son, sin embargo, muy pocos. Uno de los más singulares es la Biblioteca Internacional de la Juventud en Munich, dedicada a la tarea «de afianzar la comprensión sincera entre las generaciones jóvenes del mundo por medio de los libros escritos especialmente para niños y adolescentes».

El lema de esta institución podría ser muy bien una frase de Jean Cocteau en una de sus obras, en que decía que todos los adultos han de tener algo de niños en el sentir, porque sólo así se puede esperar que comprendan a sus propios hijos. A esto agrega la Biblioteca Internacional de la Juventud: «Y sólo si los niños de todo el mundo se comprenden será posible esperar que el mundo viva en paz y no dividido en facciones «hostiles».

La iniciativa de esta biblioteca se debe a la señora Jella Lepmann, que organizó en Alemania, en 1946-47, una Exposición Internacional de Libros para la Juventud. Al demostrar su afán por los libros y las ideas, miles de niños y adolescentes alemanes la convencieron de la necesidad de formar una colección permanente de los mejores «libros para la juventud» de todo el mundo.

Esa colección está constituída ya y puesta a la disposición de los lectores en la Kaulbachstrasse de Munich, en un edificio donado al efecto y reparado por el gobierno de Baviera. Desde la inauguración de la biblioteca en 1949, la colección ha pasado, de los 8.000 volúmenes procedentes de 23 países con que empezó, a tener más de 18.000, que representan donaciones de editores, organizaciones oficiales, bibliotecas, escuelas y particulares de 35 países diferentes.

¿Qué ofrece una biblioteca como ésta? En primer lugar, sirve como punto de contacto entre las bibliotecas, escuelas y niños de todas partes del mundo, no solamente con los niños y jóvenes alemanes, sino con las escuelas, bibliotecarios, editores y autores de la misma nacionalidad.

Al año de inaugurada, había sido visitada ya por las clases de 40 escuelas, entre las que se contaban no solamente las alemanas, sino las norteamericanas, inglesas, francesas, escandinavas e italianas, por no hablar de los niños de los campamentos de personas desplazadas. Estos siempre sufrían una gran emoción al ver en los estantes de la biblioteca libros en su lengua natal.

Gracias a la importancia que se da en los programas escolares alemanes a la enseñanza de idiomas, hay muchos niños que a los 12 y 13 años pueden leer ya libros en inglés y en francés. Por esa razón la Biblioteca organiza grupos especiales de estudio con los libros que posee... «Winnie the Pooh», la famosa historieta humorística inglesa cuyos protagonistas son animales; «Ferdinando el Toro», «Pinocho», «El pequeño Nils Golgerson y el elefante Babar», todos esos libros se han transformado en maestros de idiomas de las naciones de donde provenían. Y, lo que es más importante, los niños no sólo aprenden el lenguaje en sí, sino que van también conociendo la mentalidad de los diferentes países y sabiendo algo de su modo de vivir y de pensar.

Las pinturas infantiles, que hablan un idioma internacional, son otro rasgo especial de la obra de la Biblioteca.

Otra actividad sobresaliente de ésta ha sido la creación de los grupos dedicados a la discusión y cambio de ideas, en los que toman parte regularmente chicas y muchachos de 11 a 17 años.

La Biblioteca está realizando también una obra muy valiosa con su lista internacional básica de los mejores libros del mundo, tanto para los niños como para los adolescentes. Para formarla colabora con editores, escritores, ilustradores y — lo que es de la máxima importancia — con los maestros de la nueva generación. 250 profesionales de todas esas actividades, provenientes de nueve países diferentes, se reunieron en la Biblioteca en 1951 para cambiar ideas sobre la forma en que los libros infantiles pueden contribuir a la causa de la comprensión internacional.

En 1951, por primera vez desde su creación, fueron de Suecia, Inglaterra y Suiza a Munich varios bibliotecarios invitados especialmente, que realizaron diversos trabajos prácticos en la Biblioteca de la Juventud. Su colaboración contribuyó a que ésta completara su colección de libros de esos tres países, y al mismo tiempo la visita permitió que los bibliotecarios extranjeros estudiaran los métodos allí seguidos y la forma de aplicarlos a las instituciones respectivas de sus propios países, la cual ha permitido que se pusieran de relieve las muchas posibilidades que hay de usar la Biblioteca Internacional de la Juventud como modelo básico para los centros del mismo carácter que se creen en todo el mundo.



Una representación de « Blanca Nieves y los siete enanitos » en el Teatro Infantil anejo a la Biblioteca de Sâo Paulo.



Autores conocidos, el personal de la biblioteca e incluso los niños intervienen en el programa « Hora de los Cuentos ».



Los niños de Sâo Paulo han obtenido resultado asombrosos en la confección de títeres y en los espectáculos que con ellos se ofrecen

PARAISO DE LOS NIÑOS PAULISTAS

(Viene de las pág. 8-9.)

semana hay ratos dedicados a los cuentos en los que intervienen, además del personal de la biblioteca, autores conocidos de libros para niños y los mismos pequeños clientes. Los niños publican asimismo su propio boletín mensual de la biblioteca. Hay exhibiciones de películas todas las semanas, conciertos, charlas, y excursiones a las fábricas y otros lugares de interés de la ciudad. Hay también un archivo vertical de fotografías e ilustraciones de historia, geografía, arte y ciencia, así como colecciones de monedas y estampillas. Los ciegos disponen de libros en caracteres Braille. Entre los niños que frecuentan la biblioteca puede uno ver ejemplares de todas las razas y nacionalidades : negros, mulatos, japoneses, italianos, ingleses, estadounidenses, alemanes, franceses, etc. Por consiguiente, la biblioteca tiene en sus estantes, junto a libros en portugués, otros volúmenes en francés, alemán, inglés y español. »

En un país como el Brasil, donde el analfabetismo es un problema serio, que el gobierno se ha pasado varios años luchando por resolver, Doña Lenira considera que la biblioteca infantil es uno de los mejores medios para resolver en última instancia ese problema interesando a los niños tanto en los placeres como en los beneficios de la lectura y del desarrollo cultural general del individuo.

La han inspirado en su obra estas frases de Monteiro Lobato, el mejor autor brasileño de libros infantiles : « El día en que todas las ciudades del Brasil tengan su biblioteca infantil, el país se verá libre de todo mal. Porque todos los males del Brasil no tienen más que una sola causa : la ignorancia ; la ignorancia de los adultos a los que, cuando eran niños, nadie supo despertar en el amor de la lectura. »

Desde que oyó a Monteiro Lobato decir estas palabras, Lenira Fraccaroli las ha repetido constantemente en sus discursos y sus artículos para conquistar el apoyo local y oficial en favor del movimiento de bibliotecas infantiles. Como muchos otros compatriotas suyos, Doña Lenira ve en Monteiro Lobato el ápice de la literatura infantil de su país. Sus cuentos de Nariz Respingada, Pelo de Zanahoria, Emilia y Tía Nastacia en « La granja del pájaro carpintero » han encantado a millones de niños brasileños por espacio de muchos años, y encantarían a muchos millones más en otros países si se tradujeran a otros idiomas. Desgraciadamente, el nombre de este escritor es muy poco conocido fuera de Sud-América, pese a lo cual cree Doña Lenira que llegará el día en que esos personajes sean conocidos y queridos por los niños de todos los rincones del mundo y en que se considere a Monteiro Lobato como a « uno de los más grandes — si no el más — de entre los autores de libros para niños de todo el globo. »

Aunque el Brasil pueda jactarse de contar con otros autores de libros infantiles de primera categoría, la necesidad de contar con más libros de este carácter es todavía grande, punto que se señaló muy especialmente en el seminario sobre el desarrollo de las bibliotecas públicas en Sud América celebrado en São Paulo en 1951.

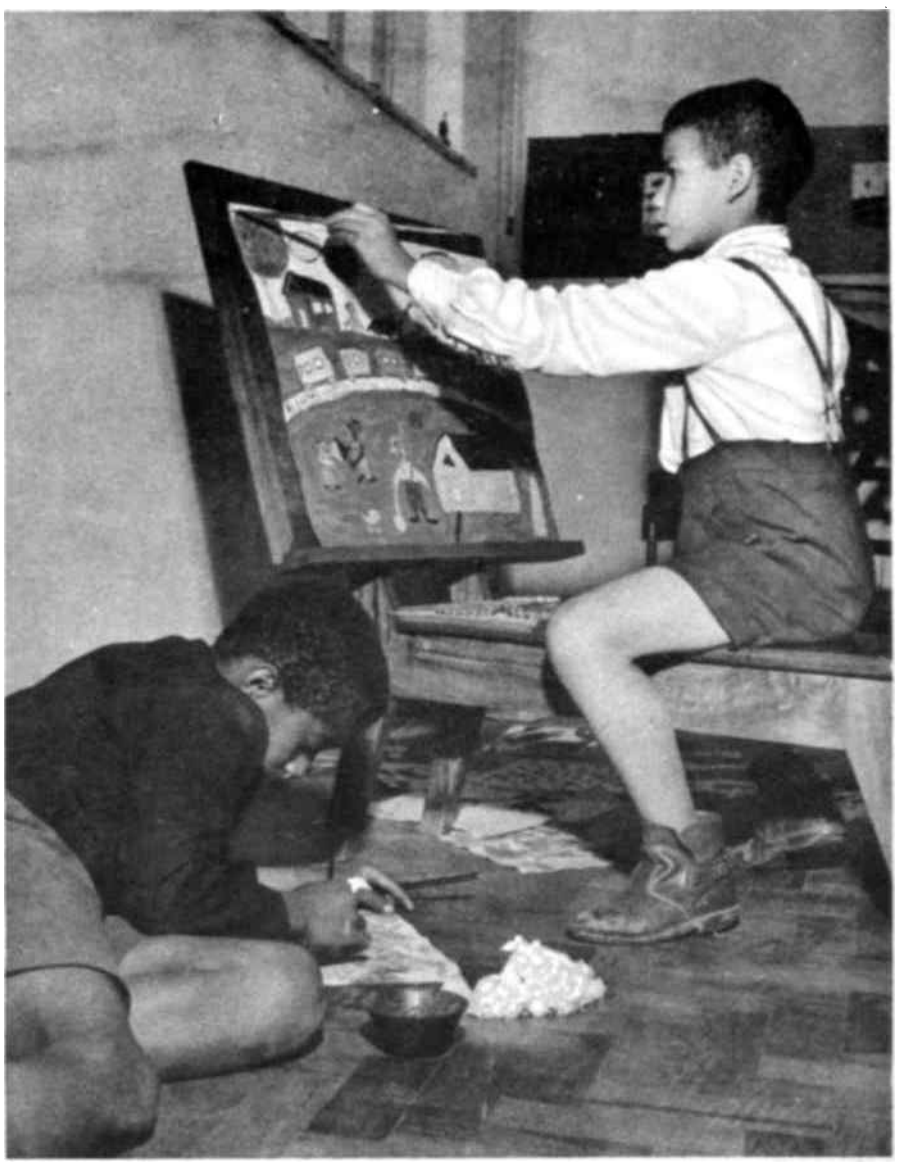
Una sección de este seminario, presidida por Lenira Fraccaroli, estuvo dedicada a las bibliotecas infantiles. Al examinar la publicación de libros especiales para niños en todas las repúblicas de Iberoamérica, se reveló que en la mayor parte de ellas se estaba haciendo muy poco en ese sentido. El Brasil, la Argentina y México se llevan la palma por lo que se refiere a la publicación de libros para niños, pero en cuanto a ésta se refiere, se necesita un esfuerzo mucho mayor en todos los países. El seminario reclamó, por lo tanto, la colaboración de los escritores, editores, bibliotecarios, maestros, ilustradores y organizaciones de libreros « para aumentar y mejorar la publicación de libros y revistas para niños y adolescentes ».

Desde entonces, Lenira Fraccaroli y muchos de sus colegas en Río de Janeiro, Bahía, Pernambuco y otras partes del Brasil han estado realizando una campaña sobre la base de los cuatro puntos que consideraban indispensables : más autores que escriban libros para niños, más libros infantiles, más bibliotecas dedicadas a éstos y más cursos de preparación para los bibliotecarios que las dirijan.

En Julio del año pasado, con el auspicio de los redactores principales del boletín de la Biblioteca Infantil de São Paulo, llamado « A voz da Infancia », Doña Lenira organizó un Congreso de Escritores de Libros Infantiles, al que concurrieron unos 20 autores y unos 150 adolescentes de diversas regiones del Brasil.

Cambiaron ideas sobre la manera de lograr la publicación de mejores libros para los niños, de eliminar las revistas y publicaciones sensacionalistas, baratas y de cuarto orden destinadas a éstos, y aumentar al mismo tiempo la circulación de libros y revistas de mayor calidad, y todos acabaron por solicitar un mayor apoyo municipal y nacional para la creación de bibliotecas infantiles en todas las ciudades del Brasil.

Una biblioteca infantil en cada ciudad del Brasil es un sueño que probablemente esté lejos aún de realizarse. Pero la de São Paulo señala ya el camino a seguir. En Bahía, al norte del país, la llamada « Monteiro Lobato », que recuerda a aquélla, quedó inaugurada recientemente, después de haberse pasado dos meses un bibliotecario de la región estudiando las instalaciones y las técnicas de la de São Paulo. Y se proyectan otras bibliotecas infantiles en Bahía que siguen el mismo patrón.



El toque final a la obra de un zurdo. Los niños tienen completa libertad de expresión en cuanto respecta a las artes creadoras. También se les dan cursos regulares de historia del arte.

En Río de Janeiro, la Cámara de Diputados tiene en estudio actualmente un proyecto de creación de 10 bibliotecas infantiles en otros tantos locales especiales. Santos, la ciudad del café, ha construído dos edificios ultra-modernos con este destino, en los que hay terrazas para la lectura al aire libre, un cine y un teatro infantil. En estas y otras ciudades se han organizado cursos especiales de preparación para los bibliotecarios, y en todas las escuelas normales se proyecta enseñar la dirección y organización de bibliotecas infantiles.

En conjunto, se tiene la impresión de que el establecimiento original de São Paulo es el comienzo de todo un movimiento. Con su manera de combinar la función de biblioteca y centro de recreo, sus cinco sucursales y dos teatros infantiles que funcionan regularmente y sus 20 bibliotecas nuevas en proyecto o en construcción, la Biblioteca Infantil de la progresista ciudad brasileña se destaca como un brillante ejemplo y como un motivo de inspiración.

En Julio de 1952, la Biblioteca Infantil de São Paulo celebró un congreso de autores de libros para niños. Aquí se ve a algunos discutiendo la necesidad de más bibliotecas especializadas y mejores libros para niños.



Lo siento mucho, pero Mozart está prestado

por A.-J. Branston

UNA indicación muy oportuna hecha hace unos años por el encargado de la biblioteca pública de Walthamstow, en Inglaterra, ha logrado que muchos amantes de la música en ese país disfrutaran de repetidas audiciones de sus obras favoritas. La idea de ese bibliotecario era que las instituciones como las que él tiene a su cargo debían prestar gratis las grabaciones gramofónicas, en la misma forma que prestan libros; y una vez puesta en práctica se ha difundido en tal forma, que las bibliotecas públicas más importantes del país tienen casi todas una discoteca constituída con este propósito.

El bibliotecario de la de Westminster, situada en el corazón de Londres, fué uno de los primeros en organizar una de estas discotecas. Pero ni él ni el personal que trabajaba a sus órdenes pudieron prever los resultados de la medida. Inaugurado el servicio en agosto de 1948, una semana después los 5.000 discos con que se contó en un comienzo estaban fuera del local, prestados a diferentes interesados, y no había nada que ofrecer a los que acababan de enterarse del funcionamiento de la discoteca.

La idea resultó menos costosa de llevar a la práctica de lo que se pensara en un principio. La biblioteca pública de Westminster ha ofrecido el siguiente detalle de sus gastos: 5.000 discos nuevos, 2.000 libras esterlinas, o sea 5.600 dólares; cajas y forros para los discos, 75 libras (210 dólares); impresión de un catálogo anual, cerca de 350 libras (980 dólares); gastos anuales de repuesto de discos: 1.650 libras (4.620 dólares); de forros para los discos y papel de escribir, 100 libras (280 dólares). Aunque fué necesario contar con un poco más de personal para atender debidamente el funcionamiento de la discoteca, en cambio no se necesitó ningún espacio extra para ésta.

La idea ha tenido tal éxito que Westminster dispone en la actualidad de más de once mil discos y atiende a unos cuatro mil interesados regulares, cifras ambas que aumentan todas las semanas. Un promedio de cien personas por día visitan la discoteca, llevándose hasta seis discos cada una.

El peticionario debe residir o bien trabajar dentro del distrito administrativo al que pertenece la biblioteca. No siendo mayor de edad, o no pagando contribuciones locales, aunque se sea residente del distrito, hay que presentar en la tarjeta de socio de la biblioteca la firma de una persona que se ofrezca como garantía: pero hay bibliotecas que ni siquiera exigen este requisito.

Es indispensable, desde luego, que los que piden discos prestados los cuiden bien y los devuelvan en buen estado. Muchos encargados de discoteca pensaron que el descuido sería grande tratándose de discos que son del dominio público, y esperaron verlos de vuelta rayados, rajados o con alguna pequeña parte saltada... eso si los que los pedían no los vendían o se quedaban con ellos.

Pero, por asombroso que parezca, no ocurrió nada de esto, y si sucedió alguna vez, fué en una proporción insignificante. La gente a la que le gusta la música trata casi invariablemente los discos que tiene en sus manos con cuidado y con amor.

Esta demanda de discos por parte de gentes de todas las clases sociales y todas las ideas resulta más extraordinaria todavía para los observadores por tratarse de música clásica, romántica o moderna de la más alta categoría.

Aunque los gustos varían según las regiones donde funcionan las discotecas, hay compositores que en todas partes se destacan como favoritos. Viene en primer lugar Mozart, que en casi todas las discotecas se lleva la palma de los pedidos : y luego Beethoven, Schumann, Bach, Brahms, Schubert, Dvorak, Tschaikowsky, Mendelssohn, Delius, Saint-Saëns, Chabrier, Haydn, Debussy, Handel, Rachmaninoff, Grieg, Ravel, Puccini, Berlioz, Rossini, Smetana y Richard Strauss. Los modernos compositores anglosajones y algún extranjero también tienen sus devotos, y entre los más solicitados figuran Vaughan Williams, Britten, Walton, Sibelius, Barber y Rawsthorne.

La necesidad que el hombre tiene de buena música ha sido tan universalmente reconocida que nadie se ha opuesto a la idea de ofrecerla como un servicio público gratuito.

AQUI LLEGA LA BIBLIOTECA CIRCULANTE

por Gladys Skelley



SIENDO maestra en una escuela rural de Iowa, hubo un año en que tuve mucha suerte. Porque no lejos de allí había una biblioteca metropolitana, a la que me trasladaba yo cada quince días con objeto de recoger un montón de libros para mis discípulos, que luego volvía a llevar a la quincena siguiente. En los otros seis años de mi actuación como maestra rural, ni mis discípulos ni yo tuvimos esa suerte. No había ninguna biblioteca a la que se pudiera llegar en carricoche o en alguno de los viejos Ford de entonces, y teníamos que contentarnos con los libros y publicaciones amarilleantes, con sus hojas dobladas y llenas de marcas, que los jóvenes alumnos de la escuela habían leído ya durante varias generaciones. El día en que a la llamada « biblioteca » de alguna de nuestras escuelas llegaban fondos procedentes de alguna colecta nos parecía todo un acontecimiento histórico.

Eso ocurría hace algo más de veinte años. El recuerdo de esos días me volvió vivo y punzante no hace mucho tiempo, al visitar la localidad de Woodford Country, Illinois, dentro de una biblioteca circulante instalada en un camión.

Conocí a la bibliotecaria y al conductor en Metamora, cuartel general de la biblioteca del distrito de la Pradera de Illinois. Ambos me dijeron que la colección de libros a disposición de los interesados pasa allí de los 35.000 volúmenes. Dentro del vehículo llevábamos 4.000, de entre los cuales niños y estudiantes jóvenes podrían elegir material de lectura suficiente para un mes.

Esta biblioteca circulante visita veintiuna escuelas, trece de las cuales constan de un solo salón de clase. El maestro o maestra reciben aviso de la visita del camión con una semana de anticipación. A partir de entonces, los niños esperan ansiosamente el día, que han marcado en el calendario del salón de clase con un gran círculo rojo.

Mientras recorríamos los caminos con rumbo a las seis escuelitas que el camión debía recorrer en ese primer día del año escolar, me enteré de la forma en que se había instalado en el distrito la biblioteca que debía servir a todas esas localidades.

Los maestros, directores y subdirectores de escuelas, el banquero local, un ex-educador, un clérigo del distrito y un granjero se habían dado cuenta, cada uno por su lado, de la necesidad de crear un servicio de biblioteca pública en Woodford County.

Siete poblaciones del condado se mostraron enormemente interesadas en el servicio de demostración suministrado por la biblioteca del Estado de Illinois. Después de proceder a la elección de las autoridades consiguientes, formaron la biblioteca del distrito de la Pradera de Illinois. El camión de que disponen para la circulación de libros les ha sido prestado por la biblioteca del Estado. Pero dentro de pocos años las autoridades del distrito adquirirán el vehículo que les permita disponer de su propria biblioteca circulante, y habrán constituido su propria colección de libros y otras publicaciones, completándola con el material de la biblioteca del Estado de Illinois.

El distrito costea el funcionamiento de la biblioteca imponiendo una tasa máxima especial de seis centavos por cada cien dólares de propiedad evaluada a ese efecto.

Cinco colecciones de libros, aparte de la existente en Metamora, se mantienen en el distrito. Las sucursales disponen de existencias cuyo volumen depende del número de interesados en pedir libros prestados. Antes de que se formara la biblioteca del distrito, no había más que una pequeña biblioteca en toda una zona que abarcaba siete poblaciones. Esa biblioteca ahora colabora estrechamente, como es natural, con la que sirve a todo el distrito.

Por lo general, cada escolar, estudiante o adulto pide alrededor de seis libros prestados por mes, y se hace responsable por la devolución de los mismos. Los libros destinados a los niños se colocan en una serie de estantes especiales, destinados a las escuelas, para que todos los alumnos de éstas puedan hacer uso de ellos.

En esos estantes se advierten muchos matices en la clase de obras ofrecidas, y esos matices cambian a medida que van sucediéndose las estaciones. En primavera hay libros dedicados a pájaros y a flores, para que los niños puedan identificar a los que vean en camino a la escuela. En invierno hay libros sobre muchos juegos que puedan divertir a los escolares cuando el tiempo los obliga a quedarse en casa, libros sobre cosas que pueden hacer ellos mismos para regalar a sus padres al llegar la Navidad, o sobre piezas de teatro que pueden representar y otras cosas en las que pueden ayudar al programa de la escuela. Hay que estar preparado para que el maestro o maestra pida cualquier cosa que le pueda ser útil para resolver los mil problemas de orden práctico que los niños puedan crearle en una colectividad rural.

La bibliotecaria que viaja con el camión dispone también de un « jeep » en el que puede llevar hasta mil libros a las secciones correspondientes de tres condados cercanos y que mantienen a este respecto un acuerdo especial con la biblioteca del distrito de la Pradera de Illinois.

Después de viajar varios kilómetros en el camión, llegamos a nuestro primer punto de destino : una sencilla casita de ladrillos rojos, que era el local de una escuela. La bienvenida que se nos dió fué extraordinariamente entusiasta y cordial, porque fuera de los niños y muchachos que se precipitaron al vehículo al entrar éste en el paqueño parque situado frente a la escuela, había dos madres con sus pequeños que también esperaban la visita como un acontecimiento.

El conductor del camión, siempre de buen humor, pasó inmediatamente a transformarse en el ayudante de la biblioteca. De la pared sacó una ménsula desplegable, puso sus tarjetas en orden e hizo virar a su asiento en redondo. Enseguida se puso a ayudar o los pequeños lectores, muchos de los cuales apenas sabían poner sus nombres en mayúsculas en las tarjetas. Gracias a esa ayuda, los chiquillos pudieron llevar el resto de ellas.

La bibliotecaria entró a desplegar al mismo tiempo una actividad continua. Los pequeños clientes, que entraban en el camión-biblioteca por primera vez, le pedían, o si no pedían a su maestra, libros con cuentos de perros, de gatitos, o de vaqueros. Todos ellos miraban los estantes con la boca abierta. Les era difícil elegir, porque todo, todo les parecía maravilloso : ¡ tantos libros hermosísimos llenos de ilustraciones y de colores en un espacio tan pequeño !

Las madres que llevaban a sus bebés en brazos, eligieron varios libros de economía domestica, de cocina y de costura. También pidieron consejo a la bibliotecaria sobre las novelas nuevas que traía. El afán y el gusto con que se llevaron sus libros mostraba claramente que se sentian tan felices como los niños con la visita del camión.

En la segunda escuela que visitamos notamos que la fecha de nuestra llegada estaba marcada en el calendario con dos círculos rojos. Era un acontecimiento muy especial, porque el local de esa escuela está situado en un camino que en invierno resulta casi intransitable. Por esa razón la biblioteca circulante sólo va allí dos veces por año : en primavera y en otoño. En otras ocasiones es el « jeep » el que acude a entregar una remesa





LA LLEGADA DEL OMNIBUS-BIBLIOTECA ES ESPERADA CON IMPACIENCIA, SOBRE TODO POR LOS ALUMNOS DE LAS ESCUELAS RURALES. (Foto Unesco)

de libros y recoger a su vez los ya leídos.

Nuestro último jalón esa mañana era la escuela de Oak Dell, donde almorzamos en el jardín, con los chicos y la maestra. En el curso del almuerzo los alumnos preguntaban constantemente a ésta, a la bibliotecaria y al conductor qué libros podrían obtener en el próximo viaje, y antes de partir, aquél estuvo jugando un rato al « football » con los chicos para darles gusto.

Al llegar a la primera escuela que debíamos visitar por la tarde nos esperaba un hombre en el portal : un granjero que evidentemente era un hombre muy atareado, pero que de todos modos estaba ansioso por pedir prestado alguno de los libros nuevos que traía la biblioteca circulante. El entusiasmo de este hombre era tan grande como el de los chicos que viéramos antes.

« ¿ Tiene Vd. algún volumen de poesías, o algún libro sobre ferrocarriles que no haya leído yo? » preguntó a la bibliotecaria. Enseguida se sumieron ambos en una animada conversación sobre autores y ferrocarriles y literatura en general. Esta vez le traía ella la « Recopilación de Poemas » de Robert Frost y « Las Canciones de Vaqueros y otras Baladas Fronterizas », de John y Alan Lomax : y para el próximo viaje prometió traerle el « Tren Lento Hacia el Ayer » de Archie Robertson.

« Esta biblioteca circulante es una cosa estupenda » dijo el granjero al conductor al firmar su tarjeta de retiro de libros. Hombre callado y serio, se da cuenta exacta (como pude deducir de las palabras que cambié con él) de los tesoros que la biblioteca circulante aporta a su vida diaria y a la colectividad en que actúa.

Nos detuvimos luego en una cuarta escuela, de la que salieron dieciséis niños llenos de expectación a elegir los libros que leerían durante el mes. Algunas chicas pidieron biografías de personajes célebres, « historias verdaderas », que son las que más les gustan. También sienten predilección por los cuentos románticos apropiados para jovencitas, las novelas de misterio y los relatos humorísticos, como todas las chicas de su edad en todos los sitios por donde pasa la biblioteca circulante. Los muchachos, después del cuarto año, gustan de los libros sobre deporte, las novelas policiales y de vaqueros y las fantasías científicas.

Al día siguiente, nuestra primera visita se hizo a la escuela mayor de la localidad. Primero vinieron al camión los alumnos mayores, que eligieron sus libros dentro del mayor orden ; se veía que la maestra les había enseñado buenas maneras, y consideración para con los demás, de una manera particularmente eficaz. Su entusiasmo, su alegría y sus expresiones de regocijo dentro del camión revelaban también claramente que había sabido comunicarles la emoción mágica de la lectura.

Después de haber vuelto a sus aulas los mayores, vinieron, acompañados de la maestra, los alumnos más pequeños, que rondaban en torno a ella llenos de espectativa y asombro, ya que ante ellos se abría una experiencia nueva, extraña y deslumbrante.

No sé lo que me hizo pensar entonces — con fuerza — que es imposible medir el valor de una biblioteca como ésta en dólares y centavos; tan imposible como medir en esa forma el valor de un nuevo descubrimiento científico, de un nuevo sistema filosófico o la vida de un buen hombre o una bueno mujer. Esos libros que los pequeños tomaban en sus manos por primera vez, al impresionar sus mentes ávidas, tendrían que encender una chispa, abrir un horizonte nuevo, provocar una ambición honda en algunos casos, y en otros una conciencia más aguda de la vida y de los hombres.

¡Cómo deseé entonces que los alumnos de mis escuelas rurales de Iowa hubieran podido tener una biblioteca circulante a su disposición ! ¡ Y cómo deseo que una de ellas vaya a visitar regularmente a todos los niños de todas las localidades aisladas del mundo !

"El maravilloso mundo de los libros"

LEER, ha dicho el escritor y editor estadounidense Bennett Cerf, que cultiva a menudo el tono humorístico, « es como comer maní; una vez que uno empieza, sigue haciéndolo casi inconscientemente». Pero a muchas personas les faltan, por lo visto, las ricas recompensas y placeres que vienen de hundir la mano en una bolsa de maní y comer un buen puñado.

Las estadísticas recientes demuestran que mientras prácticamente cada americano adulto escucha la radio por lo menos 15 minutos diarios, y cerca del 80 o 90 por ciento de ellos leen diarios más o menos regularmente, la mitad de la población de los Estados Unidos no lee ni siquiera un libro por año. Menos del 25 por ciento leen un libro por mes.

Con estas cifras por delante, un centenar de bibliotecarios, de maestros, escritores, editores y libreros se reunieron en 1951 en un «symposium» realizado en Washington para discutir las tendencias nacionales con respecto a la lectura y, después de cambiar ideas, hacer algo para estimular a más gentes a que leyeran. Una de las cosas importantes que hicieron fué inspirar la publicación de un volumen, que acaba de aparecer con el título de «El maravilloso mundo de los libros».

Dedicado «a los que tuercen las ramas» — los bibliotecarios, los maestros, los dirigentes de obras culturales y los que se dedican a obras de extensión universitaria en los Estados Unidos -- «así como a las ramas mismas», el nuevo libro constituye una guía tan deliciosamente variada como útil para aventurarse en los placeres y beneficios de la lectura. «Los libros como amigos», «Los placeres de la lectura», «Lectura entre amigos», «Para leer más eficazmente», «Los libros miran hacia arriba», «Lectura para ciudadanos», «Hacia otros horizontes», «Elección y uso de los libros», «Escritores y editores», «Libros para todos»: así se titulan algunos de los 72 ensayos del volumen publicado por Alfred Stefferud.

El papel de las bibliotecas públicas está considerado desde diversos aspectos en una sección titulada «Las bibliotecas son para Vd.» Empezando por una revisión histórica del desarrollo de las bibliotecas desde los tiempos de la Norte América colonial, y especialmente desde que comenzara sus actividades la Asociación de Bibliotecas de Estados Unidos hace tres cuartos de siglo, «El maravilloso mundo de los libros» muestra a los lectores de todas las edades y aficiones la forma en que pueden hacer mejor uso de las bibliotecas y cómo éstas pueden servir más eficazmente al público.

El libro ofrece una serie de indicaciones prácticas a los que desearían leer más, pero que no lo hacen «por falta de tiempo», y da al bibliotecario, al maestro y a los directores de grupos culturales un instrumento importante para estimular y dirigir la lectura de obras de calidad entre los alumnos o personas con los que trabajan.

Impreso sin fines utilitarios, puramente como empresa de orden educativo, la publicación de este libro fué posible gracias al concurso de una serie de organizaciones docentes y de bibliotecas y librerías, así como del Servicio de Extensión del Ministerio de Agricultura de los Estados Unidos. El artículo sobre bibliotecas circulantes, original de Gladys Skelley, que publicamos en esta página, está reproducido de «El maravilloso mundo de los libros» por cortesía del compilador y los editores del volumen.

"El Maravilloso Mundo de los Libros" (*The Wonderful World of Books*). *Compilado por Alfred Stefferud, New York: New American Library,* 35 *centavos de dólar (rústica); Boston: Houghton Mifflin.* 2 *dólares (tela).*

BUSCANDO EL ROMANCE Y LA HISTORIA EN LAS BIBLIOTECAS DE BARRIO DE PARIS

SÓLO en apariencia son las grandes ciudades unidades macizas, concentraciones totalitarias en las que se confunden por millones los inmuebles y las personas. Incluso Nueva York es múltiple y diversa. Basta franquear ciertas calles para cambiar de clima, encontrar otros ritmos y otros acentos. ¿Qué decir, pues, de las viejas capitales y de París, verdadera red de barrios y de pueblos cuya urbanización encuentra tantos obstáculos para borrar la individualidad? Para los habitantes de las capitales la ciudad se transforma en nación; su verdadera patria es el barrio o el distrito. La ciudad tiene sus instituciones ilustres, pero que no son siempre tan vivas como las más humildes (la parroquia, el cine del barrio o la tienda de la esquina). ¡Bibliotecas de París! Esas palabras evocan, no hay duda, los prestigios de la Nacional, de Santa Genoveva, de la Mazarino o del Arsenal. Pero esas no son las bibliotecas del pueblo parisién.

Jamás el empleado del gas, ni la mecanógrafa, el metalúrgico, o el mancebo de botica y el muchacho de recados o su romántica hermana — jamás, en general, el lector medio — irá a buscar libros fuera de su barrio.

Habrá que creer que hace un siglo todas esas gentes no leían; en París, en 1866, no había aun más que una sola biblioteca municipal. Pero los progresos fueron bastante rápidos; iban parejos con los de la primera enseñanza obligatoria. En 1882 cada uno de los veinte distritos de París tenía ya su biblioteca. Hoy la cifra total es de setenta y siete.

Estas 77 bibliotecas municipales no son lujosas. Están generalmente alojadas en las alcaldías de barrio o en las escuelas que cada año intentan agrandarse para poder albergar una población infantil en continuo crecimiento. En la actualidad no pueden acoger muchos lectores y, sobre todo, funcionan como bibliotecas de préstamo. Su presupuesto no les permite equiparse lo rápidamente que sería de desear, con las instalaciones modernas en las que sueñan los bibliotecarios. Sin embargo ese presupuesto va poco a poco adquiriendo proporciones tranquilizadoras. Los créditos asignados por la Villa de Paris han pasado de 22 millones en 1950 a 40 millones para este año, y han sido utilizados en lo más esencial, es decir, para comprar libros. Las colecciones cuentan hoy ya con más de 769.000 volúmenes.

¿Qué libros son esos? La novelas, clásicas o modernas, francesas o traducidas, ocupan un gran puesto. Pero las obras de historia alcanzan el 21,2 % y — libros de ficción aparte— los libros de filología y de literatura ocupan el 13,3 %. El resto comprende —en las proporciones habituales de una biblioteca general— geografía, bellas artes, ciencias sociales, filosofía, religión y, por último, partituras musicales.

En todo caso, los barrios no dejan dormir sus riquezas. El número de libros prestados a domicilio ha sido el año pasado de 2 millones 921.000, y en las diversas bibliotecas se han inscrito más de 25.000 nuevos lectores. No es necesario decir que los lectores en cuestión pertenecen a todas las edades —aunque la más fuerte proporción es de jóvenes—, y que pertenecen a las más varias profesiones. Según los informes más recientes resulta haber : empleados y funcionarios, 21 %; estudiantes, 17 %; escolares y aprendices, 14 %; sin profesión —sobre todo mujeres—, 13 %; obreros y artesanos, 11,5 %; maestros y profesores, 6 %; profesiones liberales (abogados, médicos e ingenieros, etc.) 5 %, y comerciantes, 4,7 %. Pero lo que interesa subrayar es que la mayor parte de los lectores frecuentan asiduamente su biblioteca y leen de uno a tres libros por semana. También se ha comprobado que, por regla general, toda la familia suele aprovechar las obras llevadas a domicilio. El radio de acción de la biblioteca, no se limita, por lo tanto, al titular individual de la carta de inscripción.

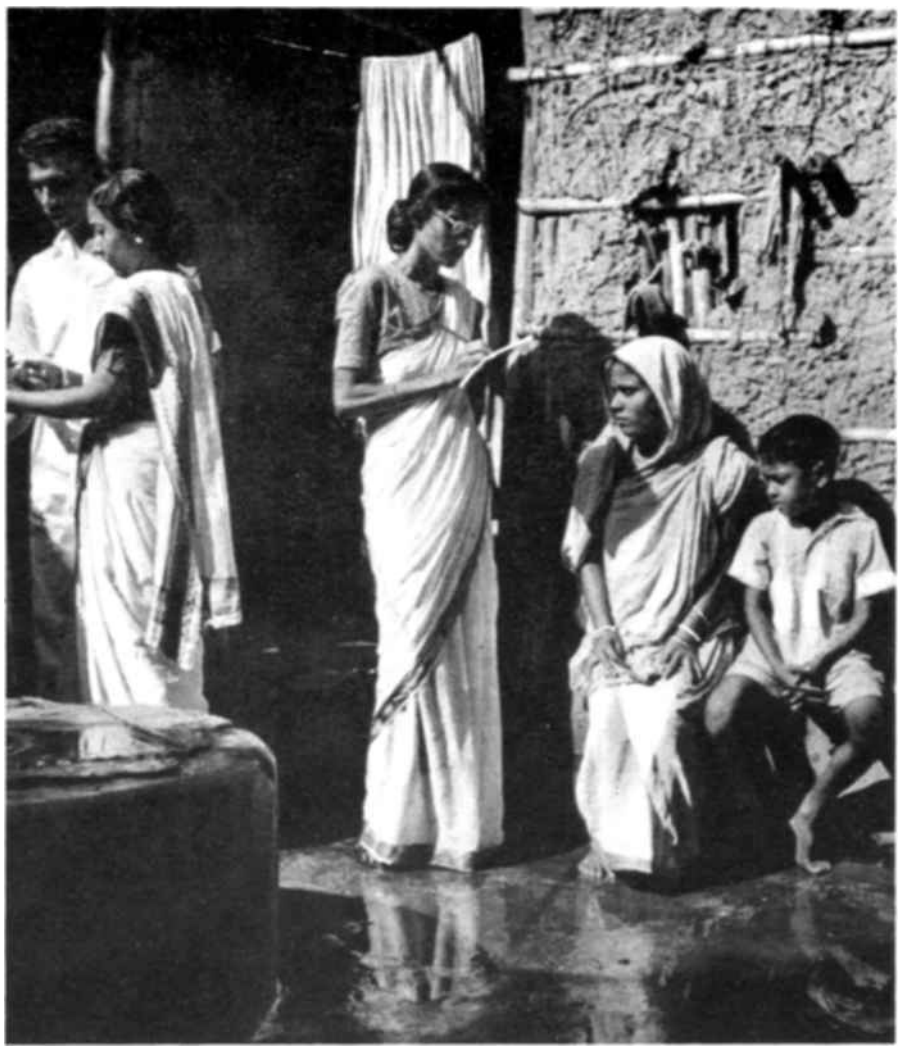
En cuanto a las lecturas preferidas del público, sería erróneo creer que las novelas de éxito son siempre lo que más se lee. Según un informe muy reciente del «Boletín Municipal Oficial de la Villa de París», el sesenta por ciento de los lectores suelen tomar, al mismo tiempo que una novela, una obra didáctica sobre un tema que les interese especialmente, o bien, sobre problemas de actualidad hacia los que han suscitado su curiosidad las informaciones de prensa. Por otra parte, la elección no se hace al azar : la mayoría de los lectores se dejan guiar por los críticos literarios de su periódico o de su revista habitual. Y hay que contar también con la radio y con el cine. Cualquier obra, sea lo que sea, despierta una multitud de aficionados en cuanto se la lleva a la pantalla.

Por lo que se refiere a las obras de cultura general, sigue diciendo el Boletín Municipal, las preferencias son muy variadas, lo que invita a mantener la máxima variedad en las compras de libros. Los hombres se interesan preferentemente por las relaciones de viajes, las obras científicas o técnicas y la historia contemporánea. Las mujeres tienen una predilección por las piezas de teatro, las biografías y la poesía. Los libros de filosofía, así como los de ciencias sociales suelen, ser, sobre todo, leídos por los jóvenes, mientras que las biografías y la historia son más solicitados por los lectores de alguna edad.

Desgraciadamente, dicen los bibliotecarios y aun los educadores, todo esto es insuficiente. Harían falta más de 77 bibliotecas para responder a las necesidades de una ciudad que excede los cuatro millones de habitantes. Si la cosa se limitase a sus resultados actuales, habría que admitir que cada habitante parisién puede contentarse con leer un libro por año, lo cual resultaría una confesión ridícula de impotencia.

Un libro por habitante representa, en efecto, una media, cuyo sólo mérito es, sin duda, el de incitar a nuevos esfuerzos. De hecho, hay también gentes, después de todo, que compran libros, y los clientes de la biblioteca de barrio son, precisamente en su gran mayoría, los que no pueden ofrecerse los libros de que tienen necesidad. La cifra que hay que retener, en consecuencia, es la de los libros que prestan las bibliotecas municipales : alrededor de tres millones de libros por año. Tres millones de libros que, sin ellas, no hubieran servido para nada.

Los hombres y las mujeres que tienen la responsabilidad de esas bibliotecas, conocen la nobleza de su trabajo; saben que su papel no sólo es dar a sus conciudadanos con qué distraerse o evadirse de sus preocupaciones cotidianas, sino también—y sobre todo—ayudarles a perfeccionar su formación intelectual, a profundizar libremente su cultura y su conciencia. Y cuando estos hombres o mujeres se dirigen a las autoridades de su ciudad para reclamar un apoyo que jamás será demasiado generoso, no dejan de recordar una máxima célebre de un Ministro al que Francia debe la organización de su enseñanza : « Se puede hacer todo —decía Jules Ferry— para la escuela, para el liceo y para la universidad; pero si después resulta que no hay bibliotecas, nada se habrá hecho. »



La callejuela, hundida en el corazón de los arrabales de Bombay, no tenía aceras ni iluminación alguna.

LA callejuela, hundida en el corazón de los arrabales de Bombay, no tenía aceras ni iluminación alguna, y su superficie polvorienta no era por cierto un cómodo lugar de descanso. Estaba muy lejos del concepto que uno tiene formado de un salón de clase. Aún así, a unos pocos metros del sitio en que se detuvo nuestro coche, se estaba dando clase en plena calle. A la vacilante luz de varias lámparas de kerosene, un grupo de unos veinte adultos aprendía con esfuerzo a leer y escribir en su propio idioma. Cada uno tenía en sus manos una cartilla y un cuaderno en que copiaba los signos que el maestro trazaba en el pizarrón, y a eso se reducía su equipo.

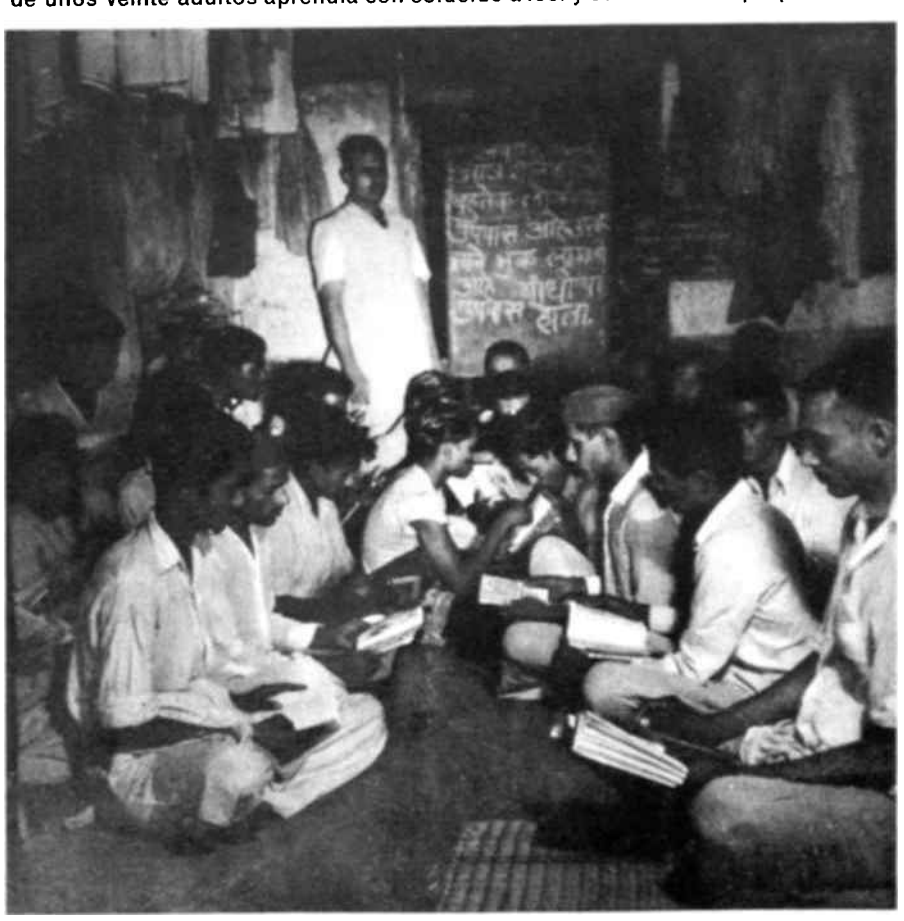
Era una clase típica de las muchas organizadas por el Departamento de Educación Social de Bombay. Todas las noches se dan cien clases de este mismo tipo en la calle, en locales desocupados de tiendas, salones de actos de los sindicatos, escuelas y en los patios de los templos. El principio que se sigue es el que la clase debe darse cerca de donde vive un grupo de alumnos, y en un local gratuito, de modo que cuando no hay ninguno disponible, la clase se celebra en la calle.

En un recorrido que duró dos días, pude apreciar muchas facetas de la obra del Departamento de Educación Social de Bombay; receptores de radio y altoparlantes destinados a la colectividad, camiones con toda la instalación necesaria para proyectar películas sobre cuestiones de salud, higiene y otros temas similares; una magnífica exhibición de gimnasia ofrecida por uno de los «clubs» atléticos. Pero siempre, con cada uno de esos recursos y en cada una de esas actividades, se hacía hincapié en el problema de vencer el analfabetismo.

Lo que esencialmente me interesaba era un aspecto particular del problema : el de la instalación de bibliotecas públicas y el uso que se hacía de los libros. Como consejero de la Unesco ante la Biblioteca Pública de Delhi había venido a ver lo que se hacía para ayudar al que había sido analfabeto hasta hacía poco a utilizar este conocimiento recién adquirido y a aumentarlo con la práctica de la lectura. No es difícil, si se emplean los métodos adecuados, enseñar a un adulto a leer y a escribir. Pero ¿qué hacer después? ¿De qué recursos debe disponerse para permitirle progresar en ese sentido? El Comité de Bombay trataba de ayudar a resolver el problema enviando cajones de libros a los Centros de educación social. Pero un cajón de libros no es una biblioteca, y un sistema completo de bibliotecas públicas para Bombay era cosa que parecía envuelta en las nieblas de un futuro remoto.

Tuve luego oportunidad de entrar en contacto con el problema rural, al ser invi-

A unos pocos metros del sitio en que se detuvo nuestro coche, se estaba dando clase en plena calle. A la vacilante luz de varias lámparas de kerosene, un grupo de unos veinte adultos aprendía con esfuerzo a leer y escribir en su propio idioma.



UN TAXISTA SIKH DESCUBRE EL CAMINO A LA BIBLIOTECA

por Frank M. Gardner

tado por el Estado de Madhya Bharat, en el centro de la India, a recorrer la provincia, e informar sobre la posibilidad de un servicio de bibliotecas públicas debidamente integrado y organizado. Madhya Bharat es un conjunto de principados con una población de más de nueve millones de personas, y una extensión de unos 77.700 km². Hay en este Estado tres grandes ciudades : Gwalior, Indore, Ujjain (una de las ciudades sagradas de la India), otras más pequeñas, e innumerables aldeas. Como todos los Estados indios, éste debe hacer frente a muchos problemas. Los caminos, la educación, los servicios de salud pública, la agricultura y la irrigación, necesitan mejoras urgentes, y el hecho de que Madhya Bharat, con todas esas dificultades, piense en los servicios de bibliotecas públicas, es un síntoma de valor y de visión en el manejo de la cosa pública. Alguien había advertido que el alfabetismo y la existencia de bibliotecas son dos cosas que deben marchar juntas, y el Servicio de Progreso Rural había incluído en su programa la creación de bibliotecas en las aldeas. Ese servicio no puede a veces hacer otra cosa que enviar un cajón de libros. Pero otras veces, cuando ya hay una biblioteca, lo que hace es enriquecer sus existencias.

En Bhitarwar, una aldea india característica, quizá más próspera que otras, porque está enclavada en una buena zona de regadío, propia para el cultivo de la caña de azúcar, vimos una de esas bibliotecas rurales. Bhitarwar cuenta con una escuela de aspecto muy agradable, un dispensario, y aun con títulos para que se la considere como sitio pintoresco. La aldea se halla situada en el meandro de un río, y a lo lejos, las ruinas de un fuerte dominan la llanura desde un macizo de rocas. La India está llena de ruinas así. Los fuertes, las tumbas y los templos se destruyen, pero las aldeas permanecen. En un remanso sagrado de río, junto a la Mansión de Panchayat, nadan, con toda impunidad, enormes peces.

Acogidos con gran cordialidad, cubiertos de guirnaldas, y entonados con un té con leche muy dulce, nueces y frutas, entramos a la Mansión de Panchayat y subimos por una escalera estrecha. En una habitación pequeña de tres metros cincuenta por tres metros cincuenta, estaba instalada la biblioteca de la aldea, en la que había unos 500 libros, clasificados con gran esmero, y todos ellos muy limpios. Hice varias preguntas sobre los pedidos que había, y sobre la existencia de otros libros en la aldea. Unos 200 de entre los 1.600 habitantes de la población hacían uso del material de la biblioteca de vez en cuando. Una o dos personas tenían libros suyos. El maestro de escuela poseía varios. Dos o tres habitantes de la aldea estaban suscritos a algunos diarios. No había más que un receptor de radio en toda la aldea. En la pequeña habitación que yo visitaba se hallaba el centro cultural de la aldea, y era evidente que el Concejo Municipal de ésta se sentía muy orgulloso de aquella biblioteca que había fundado creando una tasa para costear sus gastos, y que ahora iba a ampliar para que atendiera también las demandas de otras aldeas vecinas.

La iniciación se producía, como es natural, en muy pequeña escala. Bhitarwar es el centro de un Kendra Panchayat, o concejo rural, de alrededor de 260 kilómetros cuadrados, con 70 aldeas y un total de más de 30.000 habitantes. ¿Podría expandirse el movimiento? o ¿se detendría por falta de fondos, hasta que los ideales que lo inspiraron se convirtieran sencillamente en un recuerdo, y los libros, tan limpios, que habíamos visto, en una pila de volumenes deshechos, manoseados y sucios?

Estos pensamientos, capaces de desanimar a cualquiera, nos fueron inspirados por la visita a muchas bibliotecas de la India y el conocimiento de la historia del movimiento en favor de las bibliotecas públicas. Porque en ese país las ha habido desde que existe la civilización india; y particularmente en el siglo XIX y en el curso de éste, se fundaron muchas en la mayor parte de sus ciudades. Pero eran bibliotecas creadas como monumentos conmemorativos, o esfuerzos de orden cultural realizados por instituciones de servicio social o sociedades de beneficencia. La experiencia del Occidente ha demostrado que la biblioteca pública únicamente puede florecer con el apoyo sostenido de la colectividad, y sobre la base de una tasa, mejor que por suscripción o donación. Aún en el caso munificente de un Andrew Carnegie, nunca ejerció su generosidad en ese sentido a menos que la población que fuera objeto de ella se manifestara de acuerdo en el sentido de mantener un servicio de biblioteca mediante una reglamentación adecuada.

En la India ha faltado siempre la base legislativa, y el resultado ha sido que se han perdido muchos esfuerzos. He visto en ese país muchas bibliotecas bien concebidas e inspiradas por elevados ideales, que se veían desamparadas y abandonadas por falta de un apoyo contínuo, o que subsistían precariamente a duras penas, a fuerza de suscripciones y donaciones. En una ciudad grande de la India, un edificio lleno de amplias comodidades como biblioteca albergaba una colección de libros casi sin valor alguno. Lo usaban un centenar de señores, casi todos ancianos, para consultar o leer diarios y revistas. Aquello podía ser un « club » de hombres solos donde esos señores pasaban su tiempo muy agradablemente, pero la función original como biblioteca pública había desaparecido.

La conclusión a la que llega uno pronto, es que la biblioteca pública puede llenar su función de instrumento de educación y de cultura, únicamente si está organizada, como antes hemos dicho, sobre la base del apoyo oficial por medio de una tasa, el libre acceso de todos como socios, y la libertad para tomar de los estantes cualquier libro que se necesite. El bibliotecario de una institución que vive del apoyo de las suscripciones se considera más un guardián de libros que un intérprete de los deseos de los lectores, y acaba por considerar el uso de aquellos como algo que conduce a la desaparición y al robo; pero las librerías cerradas con llave y la institución de la biblioteca pública son una contradicción. En cambio, cuando se crea un servicio de biblioteca dentro de una colectividad, todas las demás autoridades que se preocupan por el fomento de la lectura, en cualquiera de sus formas, tienden a colaborar eficazmente con nuevo servicio, en vez de efectuar una contribución limitada y sin verdadera relación con los fines de la biblioteca.

En las bibliotecas de la India no faltan quienes se den cuenta de todos estos hechos. Gradualmente crece en importancia y en impulso un movimiento que promueve la legislación sobre bibliotecas y la creación de instituciones modernas de este tipo.

Para dar un foco y un núcleo central a este movimiento, resultó singularmente oportuna la fundación de la Biblioteca Pública de Delhi en 1951, bajo los auspicios comunes de la Unesco y del Gobierno de la India. El enorme éxito immediato de esa Biblioteca sirvió para demostrar que el concepto de la biblioteca pública moderna llega pronto y bien al ánimo del público indú. El primer director de esa Biblioteca, en nombre de la Unesco, fué Edward Sydney, muy conocido por su labor en el sentido de hacer posible la mayor amplitud de miras dentro del campo de acción de una biblioteca. Sydney tuvo a su cargo el trabajo de echar los cimientos de la obra. Yo actué como consejero de la Unesco desde la inauguración de la biblioteca hasta verla ya floreciente y sólidamente establecida, a mediados de 1952. Desde entonces los progresos registrados se han sucedido sin interrupción.

En dos años se ha creado un servicio de biblioteca completo y de lo más moderno, con una sección de préstamo de libros para los adultos, salones de lectura, biblioteca infantil, y una sección especial de extensión cultural para conferencias, debates, y exhibiciones de películas. Ahora se está completando una biblioteca circulante para que recorra los distritos vecinos, y además se están creando sucursales de la biblioteca en las nuevas colonias para refugiados. Y para contribuir a la victoria sobre el analfabetismo, se guardan pequeñas colecciones de libros en los centros de educación social, con un contacto continuo y estrecho entre los departamentos correspondientes que garantiza la vinculación y luego la familiaridad de los que acaban de aprenden a leer con el servicio de bibliotecas públicas.

La experiencia ha sido notable, y más notable aun la respuesta del público. Durante el primer año que la biblioteca estuvo abierta, se registraron como miembros de ella 14.000 personas, se sacaron en préstamo 180.000 libros, y hubo 580.000 visitas a los salones de lectura. De la sección infantil — una de las pocas que prestan libros en la India para que los niños puedan leerlos en su casa — salen 200 libros por día, y la única dificultad para que esta sección extienda considerablemente sus actividades, es la de encontrar libros adecuados en indí para los niños. En la sección de extensión cultural surgieron, con muy poco esfuerzo de preparación, grupos autónomos dedicados al teatro, a la música, a los debates, a la literatura indí, y hasta un grupo que se dedicaba exclusivamente a los intereses espirituales y gustos de los ancianos. Cada conferencia que se ofrecía en los salones de la biblioteca llenaba completamente el local, y ha habido que hacer tres exhibiciones consecutivas de cada película para dar cabida a todos los que querían asistir a ellas.

Acostumbrado al público indiferente de las conferencias me sorprendió ver la cantidad de gente que acudía a escuchar disertaciones sobre cuestiones nacionales que se limitaban severamente al examen de los hechos y la enumeración de éstos, y aún más oir las preguntas de verdaderos conocedores que llovieron sobre los conferenciantes al final de cada una de sus disertaciones. Resultó asimismo muy grato ver lo dispuestos que se hallaban los hombres eminentes del país a colaborar en esa obra y el contacto rápido de simpatía y de interés que establecían con el público. La democracia en la India puede ser todo lo reciente que se quiera, pero está llena de vigor y se resuelve directamente de hombre a hombre.

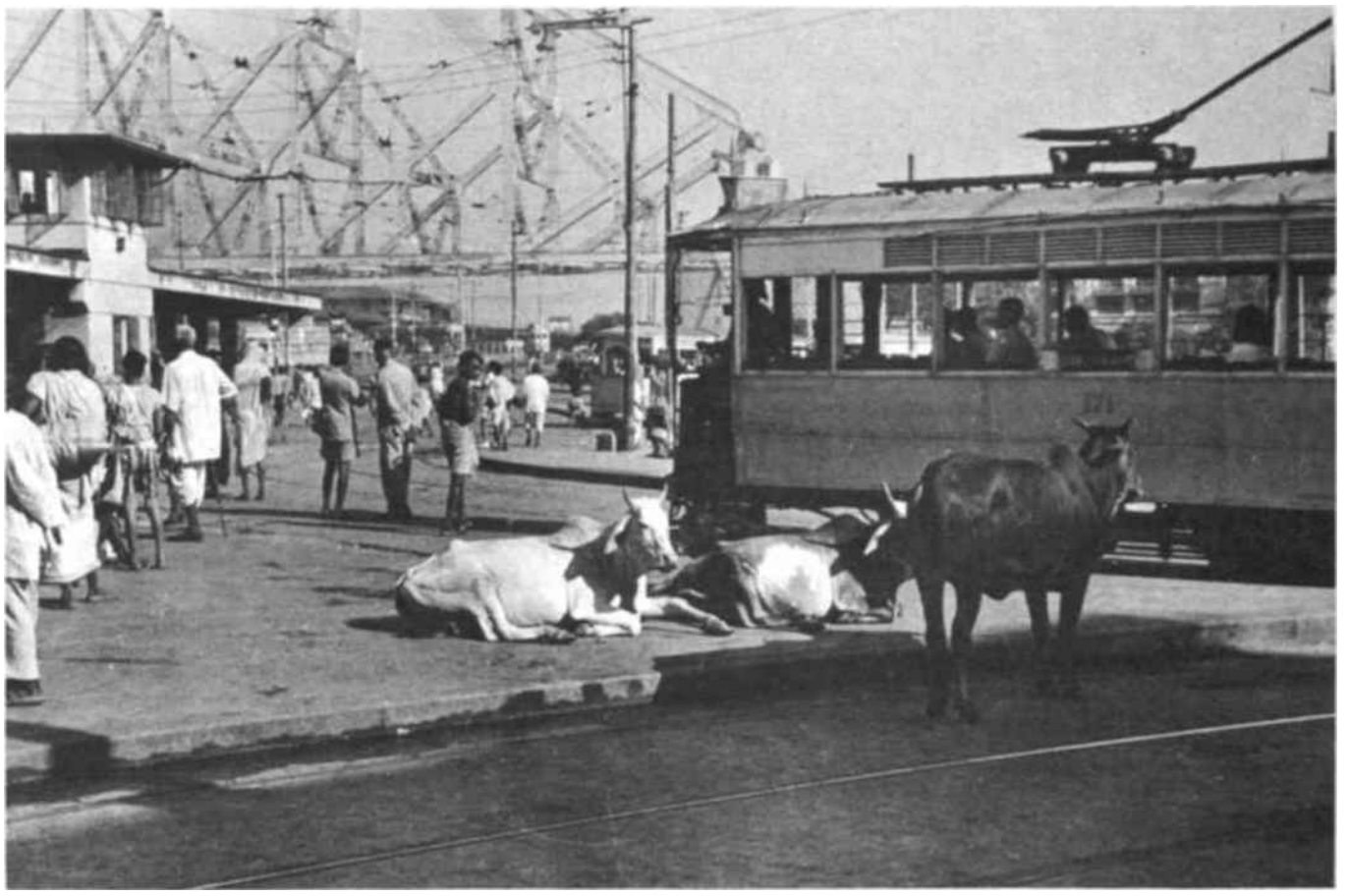
La biblioteca de Delhi ha subrayado con su éxito la existencia de una necesidad pública evidente. Funciona a plena satisfacción, no sólo en cuanto a volumen de trabajo, sino en cuanto a la calidad del mismo.

Los libros en inglés deben remediar cualquier deficiencia que se registre en las existencias de libros técnicos, que en un principio fueron deliberadamente limitadas, ya que la biblioteca se destinó desde un principio al lector común y corriente, no a un público especializado. La biblioteca pública india tiene un doble papel : no sólo debe proporcionar libros al público, sino estimular la producción e impresión de aquéllos.

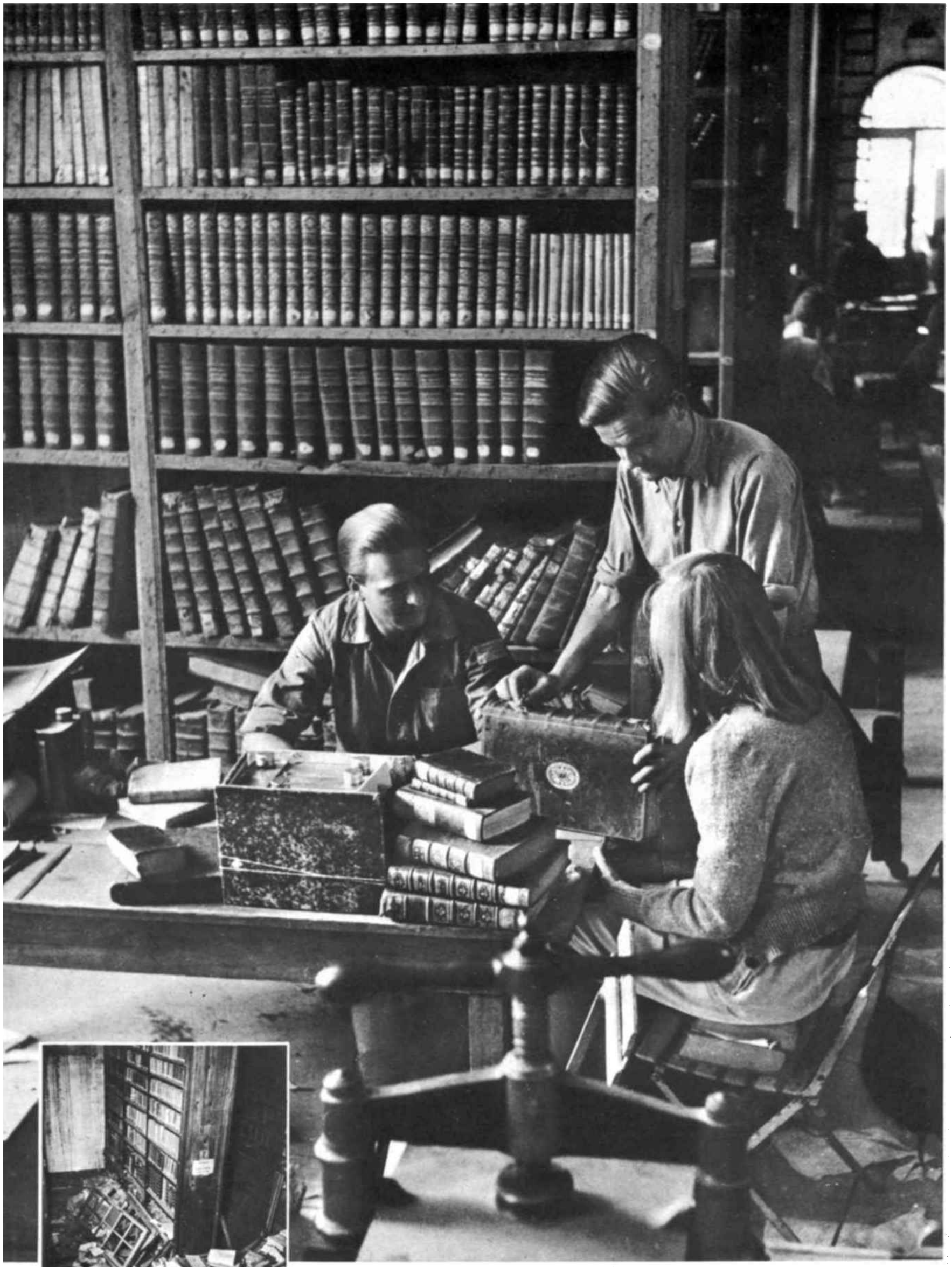
Con expresión justa y feliz, Chester Bowles ha dicho que la India no es un país pobre, sino un país con muchas gentes pobres. En el problema urgentísimo de desarrollar los recursos nacionales, ¿cuál es la parte que corresponde verdaderamente a una biblioteca? ¿Hasta qué punto tiene valor ésta si se la compara con lo que exigen la salud pública, la agricultura y la producción industrial ? La contestación más obvia es que todo el progreso depende de una colectividad que no sea iletrada, y que tenga conciencia de su responsabilidad social. No se pueden aceptar las ideas nuevas a menos que se las comprenda, ni pueden practicarse técnicas distintas sin aprenderlas antes. Ni en la educación formal ni en la educación técnica, se pueden obtener éxitos, si no se tiene libre acceso a la cultura de los libros, libros que se vea fácilmente por la forma en que estén ordenados y expuestos, y que luego se puedan retirar y leer con toda facilidad.

La Biblioteca Pública de Delhi no es más que un modesto comienzo, aunque ya está en camino, si se la permite desarrollarse, de proporcionar un servicio adecuado de biblioteca a toda la población de Delhi. Y sin embargo, éste no fué el objeto que se perseguía al fundarla. Para que su éxito sea completo, debe servir de modelo y guía para la creación de servicios similares en otras partes de la India, todos ellos apoyados por una legislación apropiada y por la creación de las tasas correspondientes. Más allá de la India se encuentra el sudeste de Asia, donde hay muchos países que deben hacer frente a los mismos problemas. La Biblioteca Pública de Delhi puede llevarles el concepto de un servicio público de cultura con el ejemplo prático de su funcionamiento y en una forma que no lograría inculcar ningún texto de lectura. El año próximo, cuando concluya la participación de la Unesco en el proyecto, se hará un cálculo estimativo de los resultados obtenidos hasta la fecha, y quizá se realice un seminario al que asistan bibliotecarios y educadores de la India y de otros países. Al demostrar cómo una biblioteca ha de abrir sus puertas y sus estanterías a todo el mundo, la Unesco ha puesto en marcha muchas ideas nuevas sobre muchas cosas.

Durante mi estancia en Delhi, sufrí algunas desilusiones, pero tuve también muchas experiencias estimulantes. Sentarse en un tranvía, por ejemplo, y ver a un hombre de aspecto humilde y completamente común en el asiento de adelante sacar del bolsillo un libro en el que se veía claramente marcado el sello de la « Biblioteca Pública de Delhi »; o ver a un chico traduciendo con esfuerzo las leyendas inglesas de un libro de fotografías para que otro, menor que él, se enterara de lo que querían decir; o todavía, observar a un taxista sikh, de barbas talmúdicas, estudiar un libro sobre el motor de su coche. Estas pequeñas escenas — y cada día puede uno ver alguna nueva — demuestran que el de la biblioteca de Delhi es un experimento práctico que el pueblo ha aceptado de buena gana y al cual contribuye con loable afán.



Sentarse en un tranvía, y ver a un hombre en el asiento de delante — un hombre de aspecto humilde y completamente común — sacar del bolsillo un libro...



VACACIONES EN UNA BIBLIOTECA

La Biblioteca Municipal de Valognes, pequeña población de Normandía, fué una de las muchas instituciones de su tipo que sufrieron daños durante la guerra (las pérdidas totales de las bibliotecas de Francia en el curso de ésta han sido calculadas en más de seis millonês de dólares). Hasta hace tres años, permaneció en las mismas condiciones en que el impacto — aunque no directo — de una bomba la dejara en 1944 : los pisos y las estanterías cubiertos de yeso y de fragmentos de piedra y ladrillo ; y los libros, muchos de los cuales eran manuscritos valiosos de la Edad Media e incunables, desparramados por los suelos.

Pero en Abril de 1950 la triste condición en que se encontraba esa biblioteca llegó a oídos de la Unesco, que lanzó un llamamiento solicitando voluntarios que acudieran a Valognes a salvar su colección de libros de nuevos deterioros. Poco después, el Comité Internacional de Estudiantes constituído en Dinamarca con el nombre de "Interstud" se ofreció a enviar un grupo de 35 estudiantes voluntarios — daneses y suecos — y unas semanas más tarde todos ellos, acompañados de dos encuadernadores, se ponían en viaje de Copenhague a Valognes y se dedicaban a su tarea con el mayor entusiasmo. Algunos de esos estudiantes se dedicaron a reparar los volúmenes rotos y estropeados, a limpiar los que estaban en buenas condiciones (véase la foto de arriba) y a tratar las encuadernaciones de cuero y pergamino con jabones y sustancias especiales. Otros limpiaron los estantes vacíos, les dieron una capa de cera e hicieron forros de papel para los libros. Los jóvenes pasaron sus vacaciones veraniegas enteramente dedicados a esta tarea, y al volverse a Suecia y Dinamarca, respectivamente, habían devuelto el orden y la limpieza a una de las bibliotecas de provincia más ricas de toda Francia. Gracias a sus esfuerzos, han vuelto a la luz muchos libros preciosísimos de los siglos XV y XVI, muchos de los cuales son ejemplares únicos. Otros grupos de estudiantes británicos han realizado esfuerzos similares para restaurar diversas bibliotecas damnificadas por la guerra en Dunquerque y en Estrasburgo.

IMRRIMÉ EN FRANCE